
DAVID TABOADA SÁNCHEZ
NO VAS A
GANAR

NO VAS A GANAR

CAPÍTULO 1 — EL CORREO QUE NO DEBÍA EXISTIR

Noa se dio cuenta de que algo iba mal por una tontería: el sonido.

El pitido de su correo entrante era el mismo de siempre, pero el mensaje no lo era. "Notificación de audiencia". Un asunto así te cambia la postura del cuerpo aunque no lo quieras: hombros arriba, mandíbula dura, aire atrapado.

Abrió el correo en el móvil con el pulgar torpe.

SE INFORMA que, en calidad de parte implicada…

Noa parpadeó una vez, como si con eso pudiera obligar a las palabras a ordenarse. Leyó otra vez. Y otra. Sus ojos se fueron directos a su nombre completo, escrito con una formalidad ajena, seguido de un número de expediente y un sello digital.

Lo que la acusaban de haber hecho era absurdo. Lo suficientemente absurdo como para sonar posible.

Cuando llegó a la oficina, el pasillo olía a café y a prisa. Una compañera la saludó con normalidad. Eso fue lo peor: el mundo seguía, y ella acababa de caerse por dentro.

—Noa —dijo su jefa desde el marco de la puerta—. ¿Puedes pasar un momento?

En el despacho, la luz era demasiado blanca. La jefa cerró la puerta con una delicadeza que no presagiaba nada bueno y dejó el móvil sobre la mesa.

—Me han llamado de… —carraspeó— de recursos. Hay una denuncia formal. Y… —hizo una pausa, incómoda— han recibido documentación.

Noa sintió el golpe en el estómago con retraso, como cuando un coche frena de golpe y tú tardas un segundo en entender que casi te matas.

—¿Qué documentación?

La jefa deslizó una carpeta. Noa la abrió. Había capturas de pantalla de correos que ella no había enviado. Un documento con su firma—una firma muy parecida—y un supuesto mensaje donde aceptaba cosas que jamás aceptaría.

—Esto es falso —dijo, y su voz salió más firme de lo que se sentía.

La jefa suspiró como si quisiera creerla, pero estuviera cansada de la vida.

—Necesito que me digas si alguien podría tener acceso a tu cuenta.

Noa negó. Luego dudó. Y ese segundo de duda la traicionó más que cualquier prueba.

—No —repitió—. No hay forma.

La jefa bajó la mirada.

—Te voy a pedir que, por protocolo, te vayas hoy. Mañana hablamos.

Noa se levantó. Cogió la carpeta. La mano le tembló lo justo como para que ella lo notara, como para odiarse por notarlo.

En el ascensor, abrió su correo. Buscó el mensaje "original" que supuestamente había enviado. No existía. O sí. Pero no en su historial.

Entonces llegó el segundo correo, el que terminó de romperla:

"No pelees. No vas a ganar."

Sin remitente. Sin firma. Solo esa frase como una mano en el cuello.

Noa apretó el móvil hasta que le dolieron los dedos. Se obligó a respirar. Pensó en llamar a la policía. Pensó en su padre diciéndole que no hiciera ruido. Pensó en todas las veces que había resuelto sola.

Y pensó en Gael.

Lo pensó como se piensa en algo que te da vergüenza necesitar.

No hablaban desde hacía meses. No porque se hubieran hecho daño. Porque Noa había hecho lo que siempre hacía: cerrar la puerta antes de que alguien pudiera decidir si se quedaba o se iba.

Encontró su número en la lista de contactos como si fuera un objeto olvidado en un cajón.

Pulsó llamar.

El tono sonó una vez.

Dos.

—Noa —dijo una voz al otro lado, grave, sin sorpresa, como si hubiera sabido que ese día llegaría—. ¿Dónde estás?

Noa cerró los ojos. Se le humedecieron, pero no lloró.

—Necesito… —tragó saliva— necesito que me escuches.

Hubo un silencio corto. No de duda. De enfoque.

—Dime solo una cosa —respondió Gael—. ¿Estás segura ahora mismo?

Noa miró a su alrededor. La puerta del ascensor se abrió. La gente entró. El mundo le pasó cerca sin verla.

—No —susurró.

—Vale —dijo él, y esa palabra cayó como un ancla—. No te muevas. Voy.

Cliffhanger: Noa sale del ascensor y ve a un hombre al final del pasillo mirándola demasiado tiempo.

CAPÍTULO 2 — PROTECCIÓN CON CONDICIONES

Gael llegó en once minutos.

Noa los contó sin querer: el tiempo que tardó en cruzar el vestíbulo, el tiempo que tardó en aparecer por la puerta giratoria como si el edificio fuera suyo, la forma en que barrió el espacio con la mirada antes de localizarla.

Noa lo recordaba más frío. O quizá era ella la que se había calentado por dentro con el miedo. Gael se paró frente a ella, cerca pero no encima, con esa distancia exacta que no invadía.

—¿Te siguieron? —preguntó.

—No lo sé.

Gael asintió, como si el "no lo sé" fuera ya información útil.

—¿Quién más sabe que estás aquí?

—Nadie. Mi jefa me dijo que me fuera.

Gael se giró. Miró el cristal, el reflejo, las entradas. Luego volvió a ella.

—Vamos a hacer esto bien —dijo, sin dramatismo—. Primero: salimos por otra puerta. Segundo: me cuentas todo en un sitio donde puedas respirar. Tercero: si hay una amenaza real, no vas a gestionarla sola.

Noa notó el roce de su orgullo como una lija.

—No necesito un guardaespaldas.

Gael la miró con calma. No había condescendencia. Solo una verdad dura.

—No, Noa. Necesitas pruebas. Y tiempo. Y alguien que sepa dónde mirar. Llámalo como quieras.

Noa apretó la carpeta contra el pecho.

—¿Por qué haces esto?

Gael tardó medio segundo. Solo medio.

—Porque me lo has pedido.

Ese "me lo has pedido" era una línea que a Noa le costaba atravesar. Le dolía admitirlo. Le dolía que fuera él.

Caminaron hasta un coche sin decir demasiado. Gael no intentó tocarla. No intentó "calmarla" con frases bonitas. Le dio algo mejor: estructura.

En el coche, antes de arrancar, Gael la miró serio.

—Condiciones.

Noa alzó una ceja.

—¿Perdón?

—Si voy a ayudarte, lo hago con reglas. Dos. —Levantó dos dedos—. La primera: me dices la verdad completa. Sin "para no preocuparte". La segunda: tú decides siempre. Si te digo "no lo hagas" y tú me dices "sí lo hago", lo hacemos de la forma más segura posible. Pero no te oculto nada y tú no te lanzas sola.

Noa se quedó callada. Eso no era control. Era un acuerdo.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Tú también cumples reglas?

Gael sonrió apenas, triste.

—Yo cumplo una: no te miento.

Noa miró el volante, las manos de Gael, firmes. Pensó en el correo: *No vas a ganar*.

—Quiero ganar —dijo.

Gael arrancó.

—Entonces vamos a jugar mejor.

Cliffhanger: Gael le pide el móvil; al revisar, descubre un acceso remoto reciente.

CAPÍTULO 3 — EL PRIMER HILO

El apartamento de Gael olía a jabón y a silencio. No había fotos. No había desorden. Era el tipo de casa donde se nota que alguien vive solo por elección o por herida.

Noa dejó la carpeta sobre la mesa y se cruzó de brazos, como si su cuerpo pudiera protegerla mejor que cualquier puerta.

Gael conectó su portátil. Pidió el móvil de Noa sin tocarlo, esperando. Noa se lo dio con una reticencia que era casi orgullo.

—No voy a leer tus cosas —dijo él, como si le leyera la mente—. Solo voy a mirar *quién* ha entrado.

Noa se sentó al borde del sofá.

—¿Y si es alguien de mi oficina? —preguntó.

Gael no levantó la vista.

—Entonces sabremos qué busca.

Tecleó. Miró registros. Frunció el ceño una vez. Luego dos.

—Aquí —dijo, señalando la pantalla—. Un inicio de sesión desde un dispositivo que no es el tuyo. Hace tres días. Y otro esta mañana.

Noa sintió frío por dentro.

—Eso es imposible.

Gael la miró.

—Noa. Nada es imposible si alguien tiene motivación y tiempo.

Noa apretó las manos hasta clavarse las uñas.

—¿Qué quiere?

Gael cerró el portátil con cuidado, como si el ruido pudiera romper algo.

—Tu reputación. Tu estabilidad. Tu silencio.

Noa tragó saliva.

—¿Y por qué?

Gael respiró hondo.

—Eso es lo que vamos a descubrir. Pero necesito que me digas algo… —Se inclinó un poco hacia ella, serio—. ¿Hay alguien a quien hayas denunciado, señalado, rechazado… alguien que se haya sentido expuesto por ti?

Noa abrió la boca para decir que no. Luego recordó un informe. Un documento que se negó a firmar. Una reunión donde alguien sonrió demasiado.

—Hay un socio —admitió—. Uno con mucho peso. Yo… me negué a respaldar algo.

Gael asintió despacio.

—¿Nombre?

Noa lo dijo.

Gael no reaccionó como alguien sorprendido. Reaccionó como alguien que ya había oído ese nombre en el lugar equivocado.

Noa lo notó.

—¿Lo conoces?

Gael se quedó un segundo quieto. Luego, sin mentir, eligió cuánto decir.

—Lo he visto en un par de asuntos —respondió—. Y si es él, esto no va a resolverse con un correo a IT.

Noa se levantó de golpe.

—¿Qué significa eso?

Gael sostuvo su mirada.

—Significa que hay gente que juega sucio. Y que yo sé jugarles… sin que tú te manches.

Noa lo miró con rabia, pero también con algo que le daba miedo reconocer: alivio.

—No quiero que hagas nada ilegal —dijo.

Gael asintió.

—Entonces no lo haré. Pero haré algo incómodo: voy a presionar donde duele. Con verdad.

Noa respiró hondo. Se obligó a ser clara.

—Y yo quiero estar presente. No quiero enterarme después.

Gael la miró, y esa vez sí sonrió, pequeño.

—Eso… es una buena regla.

CAPÍTULO 4 — EL TIMBRE

El timbre sonó como si la casa tuviera nervios.

Noa se quedó quieta, con el móvil en la mano y la mirada clavada en la puerta. Gael no se movió de inmediato. No preguntó "¿quién es?". No hizo el gesto torpe de quien improvisa. Se levantó despacio, como si ya hubiera estado esperando ese sonido, y fue hasta la mirilla.

—No te acerques —dijo, sin mirarla, con un tono que no ordenaba: cuidaba.

Noa tragó saliva. Obedeció porque, por primera vez, obedecer no significaba rendirse.

Gael miró un segundo, dos. Luego se giró hacia ella.

—Es un mensajero. Trae un sobre.

—¿Para mí?

Gael no respondió con palabras. Le devolvió una mirada que ya era una respuesta.

Abrió apenas la puerta, lo suficiente para hablar sin exponerse. Noa escuchó una voz neutra desde fuera, el sonido del papel al rozar el marco.

—Firma aquí, por favor.

Gael firmó sin dejar su nombre completo. Cerró. Echó el pestillo. El sobre era blanco, sin remitente, sin logo, sin nada. Solo un rectángulo perfecto de silencio.

Lo dejó sobre la mesa como si fuera un animal dormido.

Noa se acercó, pero no lo tocó.

—¿Lo abrimos? —preguntó.

Gael la miró.

—¿Quieres abrirlo tú?

La pregunta le sacudió el pecho. No era "yo lo hago". Era "tú decides".

Noa asintió.

Rasgó el borde con cuidado. Dentro había una hoja impresa, doblada en dos. La desplegó.

En letras grandes, negras, la frase que ya conocía:

NO VAS A GANAR.

Y debajo, una línea nueva, más pequeña, como un susurro escrito:

DEJA DE HABLAR CON ÉL.

Noa sintió que el aire se le iba. Como si alguien hubiera entrado en su garganta y apretara.

—Sabe que estoy aquí —dijo, y la voz le salió seca.

Gael tomó la hoja, la miró un segundo y la olió, como si el papel pudiera delatar el lugar de donde venía.

—No solo sabe que estás aquí —respondió—. Sabe que me has llamado. Sabe que te estoy ayudando.

Noa apretó la mandíbula.

—¿Cómo?

Gael levantó el sobre y lo giró. En una esquina, casi invisible, había una marca de corte, un borde ligeramente irregular. Lo señaló.

—Esto no lo ha imprimido en casa —dijo—. Es papel de copistería. Corte de guillotina.

—¿Y eso qué significa?

Gael dejó el sobre en la mesa con delicadeza, como si al hacerlo pudiera pensar mejor.

—Significa que alguien se ha tomado la molestia de hacerlo fuera, con calma, y traerlo aquí. No es una amenaza hecha a prisa. Es… una rutina. Un mensaje controlado.

Noa sintió un escalofrío, pero no retrocedió. Se obligó a mirar el papel como una prueba, no como una sentencia.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

Gael la miró a los ojos.

—Primero, guardamos esto como evidencia. Segundo, cambiamos tu móvil. Tercero, vamos a asumir que alguien te está vigilando en persona, no solo en digital.

Noa tragó saliva.

—¿Me estás diciendo que hay alguien cerca?

—Te estoy diciendo que no podemos permitirnos pensar lo contrario.

Noa respiró hondo, intentando no derrumbarse. El orgullo le pedía que dijera "yo puedo sola". El miedo le decía que ya había perdido horas fingiendo.

—No quiero que tomes decisiones sin mí —dijo, firme.

Gael asintió, sin defensas.

—No lo haré.

Se acercó al armario de la entrada y sacó una bolsa transparente, de esas que usan para pruebas. Metió el papel dentro con guantes, como si el detalle pudiera salvarlos.

Noa lo observó y, por un segundo, le atravesó una idea absurda: *qué tranquilo se ve cuando todo se descontrola*.

—¿Por qué estás tan… sereno? —preguntó.

Gael la miró, y en sus ojos hubo algo que Noa no había visto antes: cansancio.

—Porque si yo me asusto, tú te quedas sola en el miedo —dijo.

Noa bajó la mirada.

—Yo nunca quise…

—Noa —interrumpió él, suave—. Esto no va de querer. Va de hacer.

El móvil de Noa vibró. Un número oculto. Ella lo miró como si fuera una bomba.

Gael extendió la mano, no para cogerlo, sino para ofrecerse.

—¿Quieres que conteste yo?

Noa sintió el impulso de proteger su intimidad, de mantener el control. Pero el papel en la bolsa le recordó una cosa: alguien ya estaba dentro.

—Contesta tú —dijo.

Gael deslizó el dedo y se llevó el teléfono al oído.

—Hola.

Silencio.

Un ruido leve, respiración, algo como un roce.

—No vuelvas a llamarlo —susurró una voz distorsionada.

Gael no se alteró.

—Ya lo has dicho —respondió—. Ahora dime algo útil: ¿qué quieres?

El silencio se tensó. Luego la llamada se cortó.

Gael devolvió el móvil a Noa.

—Esto ya no es solo contra ti —dijo.

Noa lo miró.

—¿Cómo que no?

Gael sostuvo su mirada.

—Porque ahora me han nombrado. Y cuando me nombran, es porque saben que les estorbo.

Noa se abrazó a sí misma, intentando sostenerse.

Gael tomó un bolígrafo y escribió algo en un post-it. Se lo pegó a la bolsa donde guardó el papel.

Hora. Fecha. Lugar.

Como si registrar el miedo lo volviera manejable.

Noa miró la nevera, limpia y silenciosa, y pensó que su vida se había convertido en un expediente.

Gael la miró otra vez, serio.

—Esta noche no sales —dijo—. Y mañana cambiamos el tablero.

Noa abrió la boca para protestar, por puro reflejo.

Gael no la dejó.

—No es una orden —añadió—. Es una opción recomendada. Si quieres salir, salimos juntos y con plan.

Noa respiró hondo. Se obligó a asentir.

—Vale.

Gael recogió el sobre vacío y lo guardó también.

—Bien —dijo—. Porque el siguiente mensaje va a intentar que te sientas pequeña.

Noa se quedó mirándolo.

—¿Y si ya lo consiguió?

Gael se acercó un paso, sin invadir.

—Entonces mañana hacemos que lo sienta él.

CAPÍTULO 5 — LA VERSIÓN OFICIAL

A Noa le sorprendió lo rápido que podía volverse normal lo anormal.

A las ocho y diez de la mañana ya estaba vestida, con el pelo recogido como si eso pudiera ordenar el caos, y con la carpeta bajo el brazo como si fuera un escudo. Gael había dormido poco; se le notaba en los ojos, pero no en el cuerpo. Su calma era una herramienta.

—Hoy tú mandas —le dijo al salir—. Yo solo me aseguro de que llegues y vuelvas.

Noa asintió sin mirarlo demasiado. Si lo miraba, podía caerle encima la pregunta que le daba miedo: *¿por qué me siento menos sola cuando está?*

Llegaron al edificio de su empresa por una entrada lateral que Noa apenas usaba. Gael no insistió en acompañarla dentro. Se quedó a dos metros de la puerta, visible, pero fuera del círculo. A Noa le gustó que entendiera eso: ella necesitaba recuperar su espacio, no cambiar un problema por otro.

—Si me necesitas, me miras —dijo él—. No tienes que venir.

Noa tragó saliva y entró.

La recepcionista la miró con la sonrisa congelada de quien ya ha escuchado rumores.

—Hola, Noa… —dijo, demasiado amable.

Noa respondió con un gesto corto. No quería pelear con nadie que no fuera el enemigo real.

En la planta de IT, el aire olía a plástico y aire acondicionado. Un técnico joven la recibió con cara de "esto es un marrón".

—Me han pedido que revise el acceso a mi cuenta —dijo Noa, directa.

El técnico tecleó, frunció el ceño, y llamó a su superior. El superior era un hombre de mediana edad con una cara cansada y una manera de hablar que parecía pedir perdón por existir.

—Noa, siéntate —dijo—. Esto… no es sencillo.

Noa se sentó y apoyó la carpeta en las rodillas.

—Explícame.

Él giró la pantalla ligeramente para que ella viera. Aparecía un registro de inicios de sesión con fechas, horas, dispositivos. Uno de ellos no era el suyo.

—¿Ves esta línea? —señaló—. Acceso desde un dispositivo no reconocido.

—¿Desde dónde? —preguntó Noa.

El hombre dudó una fracción de segundo.

—Desde dentro.

Noa tardó en entender.

—¿Dentro… de la empresa?

El hombre asintió, incómodo.

—O desde una IP que pertenece a nuestra red. Puede ser alguien conectado físicamente aquí… o alguien que se ha colado en la red. Pero hay más.

Noa sintió un frío limpio por la espalda.

—¿Qué más?

—Se cambió tu contraseña —dijo—. Y eso no se hizo con el sistema de recuperación estándar. Se hizo con un método interno.

Noa apretó los dedos sobre la carpeta.

—¿Me estás diciendo que alguien aquí…?

—No puedo afirmarlo —se apresuró a decir el hombre—. Pero sí puedo decirte que no es el típico ataque externo.

Noa tragó saliva. Pensó en Héctor sonriendo en la sala de juntas. Pensó en Marta reenviando correos por quedar bien. Pensó en las veces que se había sentido observada sin saber por qué.

—Quiero un informe —dijo.

El hombre parpadeó.

—¿Un informe?

—Por escrito. Con fecha, hora, registros. Lo que puedas darme sin violar protocolos. Lo necesito para mi defensa.

El superior de IT la miró, sorprendido por su firmeza. Luego asintió.

—Te lo preparo hoy. Pero… —bajó la voz— Noa, esto puede enfadar a gente. ¿Estás segura?

Noa pensó en el papel dentro de la bolsa, en la frase "deja de hablar con él".

Levantó la barbilla.

—Más segura que ayer.

Al salir, caminó por el pasillo como si no le temblara el estómago. No miró a su alrededor. No dio el gusto de parecer asustada.

Al llegar al vestíbulo, vio a Gael esperándola junto a una columna. No se acercó de golpe. Esperó a que ella cruzara la distancia.

—¿Cómo ha ido? —preguntó, como si hablaran del tiempo.

Noa se apoyó un segundo en la pared.

—Hay accesos desde dentro —dijo.

Gael no se sorprendió. Eso la enfadó y la calmó a la vez.

—Vale —respondió—. Entonces el tablero está aquí.

Noa respiró hondo.

—Quiero ir a mi coche. A por mis cosas.

Gael la miró directo.

—¿Quieres ir sola?

Noa apretó la mandíbula, orgullosa.

—No.

Gael asintió, sin victoria.

Fueron al aparcamiento. Los pasos resonaban entre columnas. La luz era fría, de neón.

Noa encontró su coche donde lo había dejado. Cerrado. Intacto. A primera vista.

Se acercó, metió la llave… y vio algo bajo el limpiaparabrisas.

Un papel doblado.

Se le encogió el estómago.

Gael alzó la mano.

—Espera.

Se acercó él, sin tocar el papel aún, observando alrededor. Sacó el móvil, hizo una foto de la nota, luego la cogió con cuidado por una esquina, como si pudiera quemar.

La abrió y leyó en silencio.

Se la pasó a Noa.

"Te estamos haciendo un favor."

Noa sintió una rabia limpia.

—¿Un favor? —susurró— ¿Esto es un favor?

Gael miró a su alrededor otra vez.

—Esto es un mensaje de alguien que necesita que te sientas pequeña —dijo—. Porque si te sientes pequeña, obedeces.

Noa rompió el papel en dos sin pensar. Luego se arrepintió al instante.

Gael no la juzgó. Recogió los trozos.

—No pasa nada —dijo—. Ya tengo foto.

Noa lo miró con los ojos brillantes, de rabia, no de llanto.

—Quiero saber quién es.

Gael asintió.

—Y lo vas a saber. Pero hoy vamos a hacer algo más importante primero: que el sistema te vuelva a reconocer como dueña de tu

vida.

Noa cerró el coche con un golpe.

El móvil vibró.

Correo nuevo. Sin remitente.

“SIGUE PIDIENDO AYUDA. ASÍ ES MÁS FÁCIL.”

Noa lo leyó. Luego levantó la vista hacia Gael.

—Está aquí cerca.

Gael no negó.

—Sí.

Noa tragó saliva.

—Entonces… ¿qué hacemos ahora?

Gael se inclinó un poco hacia ella, lo justo para que ella sintiera que no estaba sola, sin invadir.

—Ahora —dijo— hacemos que deje de sentirse cómodo.

CAPÍTULO 6 — LA PRIMERA NOCHE SEGURA

A Noa le costó aceptar la idea de "seguridad" como un lugar.

Le parecía injusto. Le parecía humillante. Le parecía… necesario.

En el coche, de vuelta, Gael le ofreció opciones como quien ofrece puertas para que ella elija cuál cruzar.

—Podemos ir a tu casa y revisar todo. Podemos ir a un hotel a tu nombre. O puedes quedarte en la mía esta noche.

Noa lo miró.

—¿Y tú qué prefieres?

Gael no respondió a la trampa fácil.

—Prefiero lo que te haga sentir más control y menos miedo —dijo.

Noa apretó los labios. Control. Esa palabra era su casa. El miedo era lo que la estaba echando de ella.

—Tu casa —dijo al final—. Pero con reglas.

Gael asintió.

—Tus reglas.

Llegaron y Gael revisó la entrada, las ventanas, la cerradura como quien revisa un hábito antiguo. Noa lo observó desde el salón, incómoda con lo útil que era su presencia.

—No soy una niña —dijo, más para ella que para él.

Gael se giró, sin ironía.

—Lo sé. Por eso te pregunto.

Se acercó, pero se quedó a una distancia prudente.

—¿Quieres dormir en la habitación o en el sofá?

Noa se sorprendió. Se esperaba insistencia. Se esperaba un gesto de "yo sé mejor".

—En el sofá —dijo—. Así… controlo.

Gael asintió y se sentó en el sillón, al otro lado, dejando el espacio en medio como un acuerdo silencioso.

La noche avanzó lenta. Noa intentó leer, pero las letras se le deshacían. Cada sonido del edificio se convertía en amenaza: una puerta, un ascensor, pasos en el pasillo.

—Esto es ridículo —murmuró.

—No es ridículo —dijo Gael—. Tu cuerpo está intentando protegerte.

Noa lo miró.

—¿Y el tuyo?

Gael sonrió apenas.

—El mío se acostumbró hace tiempo. No significa que esté bien.

Noa tragó saliva. Quiso preguntarle por qué se había acostumbrado. Pero aún no estaba lista para entrar en él.

El móvil vibró.

Noa lo cogió demasiado rápido. El corazón le golpeó fuerte.

Una imagen.

Una foto.

Ella, entrando en el edificio de Gael esa misma mañana.

El ángulo era bajo, desde el otro lado de la calle. La luz delata la hora. La foto estaba tomada con calma.

Debajo, un mensaje:

"BONITO SITIO. TE QUEDA GRANDE."

Noa sintió que se le llenaba la boca de metal.

—Gael —susurró.

Gael se levantó de inmediato, pero se detuvo antes de acercarse más de la cuenta.

—¿Puedo verlo?

Noa le dio el móvil con la mano temblando.

Gael miró la foto con la frialdad de un profesional y la rabia guardada de un hombre.

—Está cerca —dijo.

Noa se abrazó a sí misma.

—¿Y si entra? —preguntó.

Gael la miró.

—No va a entrar hoy. No quiere eso. Quiere que tú pienses que puede. Quiere que tú te encierres en el miedo.

Noa tragó saliva.

—¿Y si puede?

Gael respiró hondo.

—Entonces tendremos un plan. Pero hoy… hoy no te va a tocar. Hoy solo quiere que duermas mal.

Noa lo miró, y la frase se le clavó: *quiere que duermas mal*. Era un tipo de crueldad tan cotidiana que daba más miedo que un golpe.

—No voy a dejar que me arruine el sueño —dijo, como un juramento.

Gael asintió.

—Entonces vamos a hacer algo.

Fue a la cocina, abrió un cajón y sacó papel y bolígrafo. Volvió y lo dejó en la mesa.

—Escribe lo que sabes. Hora. Lugar. Qué sientes. Qué piensas. Que quede fuera de tu cabeza.

Noa lo miró, dudando.

—¿Para qué?

—Para que el miedo no mande —dijo Gael—. Si lo escribes, lo conviertes en información.

Noa tomó el bolígrafo. Las primeras palabras le salieron torpes. Luego más firmes.

Foto. 21:14. Entrando al edificio.
Mensaje: "Te queda grande."
Siento: rabia. Miedo. Asco.

Gael se sentó de nuevo, no encima, no pegado. Cerca sin invadir.

Noa escribió otra línea:

No voy a obedecer.

El móvil vibró otra vez.

Noa se quedó helada.

Gael miró la pantalla.

Número oculto.

Noa respiró hondo.

—Contesta —dijo.

Gael deslizó el dedo.

—Hola.

La voz al otro lado era un susurro distorsionado, pero había algo en ella: diversión.

—Qué bonito dormir acompañada —dijo.

Gael apretó la mandíbula.

—Dime qué quieres.

—Que vuelva a estar sola.

Silencio.

Noa sintió una rabia caliente subiéndole por el pecho. Se levantó del sofá y se acercó lo justo para que el móvil captara su voz.

—No voy a estar sola —dijo Noa, clara.

La voz al otro lado rió, baja.

—Ya veremos.

La llamada se cortó.

Noa se quedó quieta un segundo. Luego miró a Gael.

—¿Me estás usando de cebo? —preguntó, con una dureza que la sorprendió.

Gael levantó ambas manos, abiertas.

—No. —Su voz fue firme—. Estoy haciendo lo contrario: estoy poniéndome entre tú y él. Pero sí… sí voy a usar lo que me da para encontrarlo.

Noa lo miró.

—Con mis reglas.

Gael asintió.

—Con tus reglas.

Noa volvió al sofá. Esta vez, cuando se tumbó, no lo hizo como alguien que se rinde, sino como alguien que elige recuperar su cuerpo.

Antes de cerrar los ojos, miró a Gael.

—Si me duermo… no me dejes sola.

Gael no sonrió. No hizo bromas. Solo lo dijo como un compromiso.

—No.

Noa cerró los ojos.

Y, por primera vez en días, el silencio no sonó a abandono.

Sonó a guardia.

CAPÍTULO 7 — ÁNGULO MUERTO

A la mañana siguiente, Gael preparó café como si fuera una operación.

Noa se despertó en el sofá con el cuello rígido y la dignidad un poco magullada, pero con algo nuevo debajo: una decisión.

Gael le puso una taza delante sin preguntarle. Noa la cogió con las manos, agradecida por el calor.

—¿Dormiste? —preguntó él.

—Un poco —dijo ella—. Lo suficiente.

Gael asintió, como si "lo suficiente" fuera una victoria.

Sacó el móvil y le enseñó la foto de anoche en una pantalla grande.

—Vamos a mirarla bien —dijo.

Noa se inclinó.

Gael señaló la sombra del borde de una farola.

—La tomó desde aquí —dijo—. Mira el reflejo de la puerta en el cristal. Y la altura. No está lejos. Está en el ángulo de la esquina.

Noa sintió una mezcla de asco y fascinación.

—¿Y eso te sirve?

—Mucho —dijo Gael—. Porque significa que hay un punto fijo desde el que se siente seguro. Y si se siente seguro, repite.

Noa apretó la taza.

—¿Lo vas a esperar?

Gael la miró.

—Solo si tú estás de acuerdo.

Noa pensó. La idea de ser parte de una trampa le revolvía el estómago. Pero la idea de que esa persona siguiera moviendo su vida como un juguete le daba más asco aún.

—Sí —dijo—. Pero no hoy. Hoy quiero el informe de IT y poner una denuncia formal. Quiero dejar huella legal.

Gael sonrió apenas.

—Eso es inteligencia.

Noa frunció el ceño.

—¿No me vas a decir que es inútil?

—No —respondió él—. Te voy a decir que es necesario. Y que, además, vamos a hacer otras cosas.

Gael abrió un portátil y mostró una lista de cámaras del entorno: municipales, de negocios, privadas. Algunas eran accesibles por solicitud legal, otras tardarían días.

—Necesitamos lo de la esquina —dijo—. Y lo necesitamos rápido.

Noa sintió un escalofrío.

—¿Cómo?

Gael se quedó un segundo quieto, como midiendo lo que iba a decir.

—Puedo pedirlo por el canal oficial, pero tardará. O puedo pedir un favor.

Noa lo miró.

—¿Un favor a quién?

Gael no se escondió.

—A alguien que trabaja en seguridad de la zona. Alguien que puede acelerar una copia.

Noa apretó la mandíbula.

—¿Legal?

Gael la miró directo.

—En el borde. No sería robar. Sería… que me la den antes de que llegue la solicitud. Pero quiero que lo sepas. Quiero que lo elijas tú.

Noa se quedó callada. Le ardía la palabra “borde”. Había vivido toda su vida en el “correcto”. Y, sin embargo, el “correcto” le estaba fallando.

—Hazlo —dijo al fin—. Pero quiero ver lo que haces. Quiero entender.

Gael asintió y marcó un número. Habló con voz baja, sin amenazas explícitas, pero con esa firmeza que convierte una conversación en una presión.

—Necesito la franja de ayer, de la cámara de la esquina. Sí, ya sé que el canal es otro. Te lo pido como favor. Y te lo pido hoy. —Pausa —. Porque si no, mañana se va a saber que alguien está utilizando este barrio para acosar a una mujer. Y tú y yo sabemos lo mal que cae eso en ciertos despachos.

Noa lo escuchó, tensa. No era violencia, pero era poder.

Cuando colgó, Gael la miró.

—No me gusta hacerlo así —dijo—. Pero el miedo juega con el tiempo. Yo no.

Noa tragó saliva.

—Esto… esto es lo gris.

Gael asintió.

—Con los demás, sí. Contigo, no.

Noa lo miró un momento largo, y en ese segundo se dio cuenta de algo: Gael no estaba intentando impresionar. Estaba intentando proteger. Pero esa protección venía con un precio moral.

El portátil sonó con un aviso: correo entrante.

Era el informe de IT. “En proceso”. “Se entregará hoy”.

Luego, un archivo adjunto llegó desde un correo desconocido.

Gael lo miró con recelo.

—No lo abras —dijo Noa.

Gael asintió. Lo guardó sin abrir, como evidencia.

—Bien —dijo—. Porque quien lo manda quiere que lo abras.

Noa respiró hondo.

—¿Qué haremos cuando tengamos el vídeo?

Gael la miró, y por primera vez su voz se volvió más íntima.

—Lo miraremos juntos. Y tú decidirás si lo usas para ir a juicio o para asustarlo.

Noa se tensó.

—No quiero asustarlo. Quiero que pare.

Gael asintió.

—Entonces haremos que pare.

Una hora después, llegó el mensaje del contacto de Gael: "Tengo algo."

Gael abrió el archivo en el portátil, con Noa a su lado.

Apareció la grabación: una esquina, una farola, el mismo punto. La imagen temblaba un poco, mala calidad, pero suficiente.

Se vio a Noa entrando al edificio.

Y luego… se vio al fotógrafo.

Noa se inclinó hacia la pantalla, conteniendo la respiración.

El hombre llevaba una chaqueta con un logo: el de su empresa.

Y colgando del cuello, una tarjeta.

No se veía el nombre, pero sí el color y el formato. De su planta.

Noa sintió que le ardía la garganta.

—Es de aquí —susurró.

Gael no apartó los ojos de la pantalla.

—Sí —dijo—. Y ahora vamos a averiguar quién.

El móvil de Noa vibró.

Mensaje de un número desconocido:

"HOY TE QUITAN ALGO. MAÑANA TE QUITAN TODO."

Noa levantó la vista hacia Gael, y en sus ojos había decisión.

—Vamos —dijo—. Ya.

Gael cerró el portátil.

—Vale.

Y por primera vez, Noa no caminó como víctima.

Caminó como alguien que va a pelear.

CAPÍTULO 8 — LA CONDICIÓN DE NOA

En la comisaría, el aire olía a metal y a café viejo.

Noa se sentó frente a un agente que llevaba el cansancio en los hombros. Gael se quedó a su lado, pero ligeramente detrás, como un recordatorio de que ella era la protagonista de su propia historia.

El agente escuchó, hizo preguntas, tomó notas. Cuando Noa habló del correo sin remitente, de la nota en el coche y de la foto, el agente no se rió. Eso fue un alivio.

—¿Tiene sospechas? —preguntó.

Noa apretó los dedos.

—Sí —dijo—. Pero no voy a acusar sin pruebas.

Gael la miró con respeto silencioso.

Noa entregó el informe de IT. Entregó la copia de la nota. Entregó la foto.

El agente asintió.

—Esto… no es nada —dijo—. Es un patrón. Vamos a abrir diligencias.

Noa sintió un peso extraño en el pecho: no era alivio completo, pero era un primer ladrillo de suelo.

Al salir, Gael no dijo "te lo dije". No dijo "bien". Esperó a que Noa hablara.

Noa respiró hondo y se giró hacia él en el parking, con el sol alto y cruel.

—Mis reglas —dijo.

Gael la miró.

—Tus reglas.

Noa enumeró, firme, como quien firma un contrato:

—Uno: no haces nada sin decírmelo.
—Dos: yo decido el ritmo.
—Tres: si cruzas una línea legal, se acaba. No porque no te quiera, sino porque no voy a perderme.

Gael no se ofendió. No protestó.

Asintió.

—Acepto.

Noa lo miró, desconfiada.

—¿Tan fácil?

Gael exhaló.

—No es fácil —dijo—. Es necesario. Porque lo que te están haciendo no es solo robarte la reputación. Es robarte el control. Y yo no puedo devolverte el control quitándotelo.

Noa sintió que la frase le aflojaba algo por dentro.

—Bien —dijo—. Entonces vamos a por el siguiente paso.

Gael la acompañó hasta el coche y, antes de abrirle la puerta, se detuvo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo.

Noa lo miró.

—Sí.

—¿Por qué no me llamaste antes?

Noa apretó los labios. Esa pregunta era un espejo.

—Porque no quería deberte nada —confesó.

Gael no se rió. No se lo echó en cara.

—No me debes nada —dijo—. Solo me debes una cosa: decirme cuando tengas miedo.

Noa sostuvo su mirada, y por primera vez no sintió que pedir ayuda fuera vergüenza. Sintió que era estrategia.

Subieron al coche. Noa revisó el móvil por costumbre. Nuevo correo, sin remitente.

"AUDIENCIA ADELANTADA."

Noa se quedó helada.

—¿Qué? —preguntó Gael.

Noa le enseñó la pantalla.

Gael no se alteró. Solo preguntó:

—¿Cuándo?

Noa bajó la mirada y leyó:

"Mañana."

El mundo se le estrechó.

—No puedo —susurró.

Gael apretó el volante con calma.

—Sí puedes —dijo—. Y no vas a hacerlo sola. Pero… —se giró hacia ella— dime la verdad: ¿quieres pelear esto públicamente o quieres que lo cerremos rápido?

Noa lo miró, y entendió la trampa.

Si lo cerraba rápido, firmaría un papel, perdería algo de sí, pero tal vez sobreviviría sin guerra.
Si lo peleaba, podía ganar… o podía perderlo todo.

Noa respiró hondo.

—Quiero ganar —dijo, con una claridad que le sorprendió.

Gael asintió.

—Entonces vamos a prepararnos esta noche. Y mañana… vas a entrar ahí como dueña de tu nombre.

Noa apretó el cinturón, como si amarrara un juramento.

El móvil vibró una última vez.

Mensaje breve:

"DÍA 1: TE QUITAN EL TRABAJO."

Noa lo leyó sin pestañear.

—Que lo intenten —dijo.
Gael la miró un segundo, con algo parecido al orgullo en los ojos.
—Esa es la Noa que yo recordaba.
Noa giró la vista hacia la ventana.
—Esa Noa volvió —susurró—. Y no va a ganar… va a arrasar.

CAPÍTULO 9 — EL DESPACHO DEL ENEMIGO

El despacho de Héctor siempre olía demasiado bien.

Noa lo notó nada más entrar: perfume caro, madera recién pulida, la clase de olor que intenta convencerte de que aquí todo está bajo control. Las ventanas daban a la ciudad como si él la poseyera. El sillón frente a su mesa estaba colocado justo en el ángulo en el que la gente se siente pequeña.

Noa se obligó a no mirar la silla como un castigo. Se sentó sin pedir permiso.

Héctor levantó la vista de su pantalla con una sonrisa de manual.

—Noa —dijo—. Me alegra verte. Estaba preocupado.

Noa pensó que si la palabra "preocupado" pudiera arder, quemaría el edificio entero.

—No estoy aquí por tus emociones —respondió.

La sonrisa de Héctor no cambió. Solo se volvió un poco más lenta.

—Directa. Bien. —Se apoyó en el respaldo—. Esto es un malentendido que se ha ido de las manos. Se han enviado cosas… se han interpretado cosas… y ahora hay un ruido que no nos conviene a nadie.

Noa apretó los dedos sobre la carpeta que llevaba. No era un escudo. Era un recordatorio.

—No nos conviene a "nadie", dices, pero a mí me ha dejado sin trabajo —dijo.

Héctor levantó las manos, en gesto conciliador.

—Temporalmente. Y no tiene por qué durar. —Se inclinó hacia ella—. Estoy aquí para ayudarte.

Noa se rió una vez, breve.

—Claro.

Héctor no se ofendió. Eso era lo inquietante: la confianza de quien está acostumbrado a que todo se arregle a su favor.

—Mira —dijo, abriendo un cajón—. Esto se puede cerrar hoy.

Sacó un documento. Lo deslizó por la mesa hacia ella con la delicadeza de un cuchillo bien afilado.

Noa lo miró sin tocarlo.

—¿Qué es?

—Un acuerdo de salida —dijo Héctor—. Te vas con una indemnización correcta, una recomendación impecable y… paz. Nadie se entera de nada. Tú sigues con tu vida.

Noa sintió un nudo en la garganta.

—¿Y a cambio?

Héctor sonrió.

—A cambio… —bajó la voz— dejas de hacer ruido. No denuncias. No señalas. No conviertes esto en una guerra.

Noa miró el papel. Su nombre estaba ahí. Su firma, lista para ser usada. Era la misma trampa, solo que con traje.

—¿Por qué tanto interés en que yo no denuncie? —preguntó.

Héctor ladeó la cabeza, casi como si la pregunta le pareciera tierna.

—Porque las guerras ensucian a todos. Y tú no estás hecha para ensuciarte, Noa. —La miró con esa falsa preocupación—. Te estoy haciendo un favor.

La frase le dio un golpe directo al estómago. Era la misma de la nota en el coche.

Noa lo miró fijo.

—¿Me estás citando?

Héctor pestañeó una fracción de segundo. Muy poco. Pero lo suficiente.

—No sé de qué hablas.

Noa se inclinó hacia delante.

—Yo sí sé de qué hablo. Sé que alguien ha falsificado correos. Sé que han entrado a mi cuenta desde dentro. Sé que alguien me vigila. Y sé que tú estás demasiado cómodo.

La sonrisa de Héctor se afiló.

—Cuidado, Noa. Las acusaciones sin pruebas… son peligrosas.

Noa sintió la amenaza escondida como una mano bajo el agua.

—Estoy consiguiendo pruebas —dijo.

Héctor la observó como quien evalúa una pieza.

—¿Con quién? —preguntó, suave—. ¿Con ese… amigo tuyo?

Noa sintió un pinchazo en el pecho. Él lo sabía.

—No es asunto tuyo.

Héctor dejó escapar un suspiro, como si le diera pena.

—Noa, no quiero verte cometer un error. —Se inclinó un poco—. Hay gente a la que no le conviene que tú hagas preguntas. Y tú no tienes… el músculo para aguantarlo.

Noa apretó la mandíbula.

—¿Me estás amenazando?

Héctor sonrió.

—Te estoy cuidando.

Noa se levantó. Agarró la carpeta, no el papel.

—No firmo nada —dijo.

Héctor levantó una ceja.

—Piénsalo. Mañana puede ser mucho peor. Hoy te doy una salida bonita.

Noa respiró hondo.

—No quiero una salida. Quiero mi vida.

Héctor la miró un segundo largo.

—Tu vida… —repitió—. Noa, hay vidas que se prestan. Y hay vidas que se quitan.

Noa sintió un escalofrío. No por miedo, sino por rabia.

—No me vas a quitar nada —dijo.

Héctor dejó la sonrisa. Solo un instante. Lo suficiente para que Noa viera la verdad debajo.

—Yo no necesito quitártelo. Tú te lo quitas sola cuando te empeñas.

Noa salió sin mirar atrás. Caminó por el pasillo con el corazón golpeándole fuerte, pero con la cabeza en su sitio: había escuchado la amenaza, la había guardado como prueba.

En el ascensor, respiró hondo y mandó un mensaje a Gael: **"Sabe de ti."**

Cuando llegó al vestíbulo, Gael estaba donde prometió: visible, afuera del foco, pero presente. Noa se acercó sin correr.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó él.

Noa lo miró.

—Me ofreció un acuerdo. Con la frase exacta: "te estoy haciendo un favor".

Gael apretó la mandíbula.

—Entonces es él. O está demasiado cerca del que es.

Noa tragó saliva.

—Y sabe que estoy contigo.

Gael no se movió, pero algo en su mirada se endureció.

—Bien —dijo—. Porque ahora vamos a hacer que sepa que contigo no se juega.

Noa lo miró.

—Mis reglas.

Gael asintió.

—Tus reglas.

Salieron a la calle. El aire frío le golpeó la cara, como un despertar.
El móvil vibró.
Mensaje de número desconocido:
“NOA, NO TE SALVES CON ÉL.”
Noa lo leyó y, por primera vez, sonrió sin humor.
—Qué rápido —murmuró.
Gael la miró.
—Qué desesperado.

CAPÍTULO 10 — EL ARCHIVO DE GAEL

En casa de Gael, el silencio tenía otra textura: ya no era miedo, era concentración.

Gael puso el portátil en la mesa, abrió una carpeta con un nombre que Noa no reconoció y la miró antes de girar la pantalla hacia ella.

—Esto es lo que tengo de Héctor.

Noa frunció el ceño.

—¿Por qué tienes algo de él?

Gael no se ofendió. Era como si ya hubiera anticipado esa sospecha.

—Porque lo vi antes —dijo—. No como "tu jefe". Como… un patrón.

Noa se acercó. En la pantalla había artículos, registros, pantallazos de sociedades, demandas archivadas, testimonios en foros profesionales. Todo ordenado con una frialdad que daba miedo.

—Esto es… —Noa tragó saliva— ¿desde cuándo?

Gael se recostó en la silla, cansado.

—Hace años. Un caso. Una mujer que denunció irregularidades. Le arruinaron la reputación. Nadie la creyó. —Se le endureció la voz—. Yo estaba en el equipo que "investigaba". Y nos hicieron mirar a otro lado.

Noa lo miró, sorprendida.

—¿Y tú miraste a otro lado?

Gael apretó los dedos sobre la mesa.

—Sí —admitió—. Porque no tenía pruebas. Porque tenía miedo. Porque pensé que era más seguro no pelear con un hombre así.

Noa sintió que algo dentro de ella se agitaba. No era decepción. Era comprensión amarga: él sabía lo que era perder antes de empezar.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

Gael la miró.

—Ahora tengo otra oportunidad. Y tú no vas a ser esa mujer.

Noa respiró hondo.

—No quiero que esto sea tu redención.

Gael asintió.

—Lo sé. —Bajó la mirada—. Por eso te estoy enseñando todo. Para que no te conviertas en mi excusa.

Noa recorrió el archivo con el dedo, sin tocar la pantalla, como si temiera contagiarse.

—Esto… ¿es legal?

—Todo lo que ves está en fuentes abiertas —dijo Gael—. Lo ilegal sería cómo lo conseguí rápido, no el contenido. —La miró—. Y eso me lo tienes que preguntar tú. Porque si no quieres esa versión de mí cerca, no la uso.

Noa lo miró un segundo largo.

—Quiero la versión de ti que no me miente —dijo.

Gael asintió.

—Esa es la única versión que te ofrezco.

Noa cerró la carpeta con el trackpad.

—Entonces dime lo que no estás diciendo.

Gael parpadeó.

—¿Qué?

—Héctor dijo "con ese amigo tuyo" —Noa lo miró fijo—. Eso significa que sabe quién eres. ¿Qué relación tienes tú con él?

Gael tardó en responder. No por manipulación. Por dolor.

—Yo estuve cerca cuando él hundió ese caso —dijo al fin—. Y una vez… una vez intenté pararlo.

Noa sintió un escalofrío.

—¿Y?

Gael tragó saliva.

—Me costó mi placa. Mi trabajo. Mi reputación. —La miró—. No fue heroico. Fue torpe. Me equivoqué en cómo lo hice.

Noa lo observó. Ese hombre frente a ella no era el "protector perfecto". Era alguien que había perdido y aprendido. Eso lo hacía más real… y más peligroso.

—¿Y por qué vuelves? —preguntó Noa, más suave.

Gael apretó la mandíbula.

—Porque estoy cansado de perder por miedo.

Noa sintió que se le aflojaba algo. No cariño. Respeto.

El móvil de Gael vibró. Un número guardado como "Rafa".

Gael contestó sin poner altavoz, pero Noa oyó la voz al otro lado, nerviosa.

—Te buscan, Gael. —Pausa— Y él está… moviendo cosas.

Gael se quedó quieto.

—¿Qué cosas?

—Está diciendo que tú estás acosando a una empleada. Que estás usando información. Que eres una amenaza.

Noa sintió un golpe en el pecho.

—¿Qué? —susurró.

Gael cubrió el micrófono y miró a Noa.

—Ya empezó.

Noa apretó la mandíbula.

—Que lo intente.

Gael volvió al teléfono.

—Gracias. No te metas más. —Colgó.

Noa respiró hondo.

—¿Qué hacemos?

Gael la miró, serio.

—Ahora vamos a hacer algo que a él no le gusta: poner luz. —Le enseñó su móvil—. Voy a documentarlo todo. Y tú… vas a tener una coartada limpia para cada movimiento.

Noa lo miró.

—¿Estás asustado?

Gael tardó un segundo.

—Sí —admitió—. Pero no voy a huir.

Noa sostuvo su mirada. Y ahí, sin promesas, hubo algo nuevo: un equipo.

El móvil de Noa vibró.

Mensaje de número desconocido:

"¿SABES LO QUE HIZO? PREGÚNTALE."

Noa lo leyó, luego miró a Gael.

—Ya lo sé —dijo.

Gael se tensó.

Noa añadió, firme:

—Y me lo vas a contar tú. Todo. Porque esa es la regla.

Gael asintió, como si le doliera y le aliviara al mismo tiempo.

—Te lo cuento esta noche.

Noa respiró hondo.

—Bien. Porque mañana… no pienso entrar sola a ninguna habitación.

CAPÍTULO 11 — NOA NO ES UN CASO

Noa se dio cuenta de que estaba enfadada por una cosa absurda: el orden.

Gael había colocado la mesa como un centro de operaciones. Portátil, papeles, lista de horas, contactos, notas adhesivas. Todo demasiado perfecto. Todo demasiado "trabajo".

Y ella estaba allí, en medio, como si fuera un objeto a proteger, no una persona.

—Para —dijo Noa, de repente.

Gael levantó la vista.

—¿Qué?

Noa señaló la mesa.

—Esto. —Se oyó más dura de lo que quería—. No soy un caso, Gael.

Gael se quedó quieto, como si una alarma interna hubiera saltado.

—Noa…

—No —lo cortó ella—. Si esto va a ser "tú haces, yo obedezco", me voy. Prefiero perder sola que… convertirme en tu misión.

Gael cerró el portátil despacio. Ese gesto, tan simple, hizo que Noa respirara un poco mejor. No discutió. No se defendió. La miró.

—Tienes razón —dijo.

Noa parpadeó. No se lo esperaba.

—¿Así de fácil?

Gael negó con la cabeza.

—No es fácil. Es verdad. —Se recostó en la silla—. Cuando hay peligro, yo funciono así: control, estructura, soluciones. Y eso… a veces aplasta a la gente que quiero.

Noa tragó saliva.

—Yo no quiero que me aplastes.

Gael asintió.

—Entonces dime cómo lo haces tú. —Señaló el papel y le deslizó el bolígrafo—. Tú diriges. Yo ejecuto lo que tú elijas, y te digo los riesgos.

Noa sintió un nudo en el pecho. Eso era lo que necesitaba: agencia.

Se sentó, cogió el bolígrafo y empezó a escribir:

1. Informe IT (por escrito)
2. Denuncia formal + copia del mensaje
3. Testigos internos (Marta, quién más)
4. Cronología detallada
5. Abogado laboral

Gael observó la lista y asintió, como si de verdad la respetara.

—Bien —dijo—. Eso es sólido.

Noa levantó la vista.

—¿Ves? Puedo.

Gael la miró con una suavidad nueva.

—Nunca dudé de que pudieras. Dudé de que te dejaran.

Noa apretó el bolígrafo.

—No me van a dejar —dijo.

Gael sonrió apenas.

—Eso.

Hubo un silencio cómodo. Noa notó que, por primera vez, no estaba defendiendo su orgullo: lo estaba usando.

El móvil de Noa vibró. Número oculto.

Noa lo miró con el estómago apretado. Gael alzó una ceja, preguntando sin palabras: "¿quieres?"

Noa respiró hondo.

—Altavoz —dijo.

Gael asintió y activó el altavoz, pero sin tocar el móvil hasta que Noa se lo dio.

—Hola —dijo Gael.

La voz al otro lado era más clara esta vez. Masculina. Controlada. Como quien sonríe mientras te aprieta el cuello.

—Noa —dijo—. Estás complicando esto.

Noa sintió una rabia caliente. Se inclinó hacia el móvil.

—¿Quién eres?

Una risa leve.

—Alguien que te está dando una oportunidad de salir digna.

Noa apretó los dientes.

—Esto no es dignidad. Es chantaje.

—No lo llames chantaje —respondió la voz—. Llámalo… protección.

Noa miró a Gael. Gael no hizo ningún gesto. Solo estaba.

—No voy a firmar nada —dijo Noa, firme.

La voz suspiró.

—Entonces vas a aprender lo que pasa cuando una mujer insiste en "ganar".

Se cortó la llamada.

Noa se quedó quieta, respirando rápido.

Gael no la tocó. Solo preguntó:

—¿Estás bien?

Noa tragó saliva.

—No —dijo—. Pero estoy aquí.

Gael asintió.

—Eso es suficiente para seguir.

Noa miró la lista.

—Mañana voy a buscar al abogado.

Gael la miró serio.

—Yo voy contigo. Pero me quedo fuera si quieres.

Noa sostuvo su mirada.

—Quiero que estés. Pero quiero que se note que soy yo la que habla.

Gael asintió.

—Hecho.

El móvil vibró otra vez. Mensaje sin remitente:

“TE HUNDIMOS.”

Noa lo leyó y, por primera vez, no le temblaron las manos.

—Que lo intenten —dijo, y se sorprendió de creerlo.

Gael la miró como si ese “que lo intenten” fuera un idioma que solo ellos entendían.

—Vale —dijo—. Entonces mañana empezamos a ganar.

CAPÍTULO 12 — LA LÍNEA
1

El bar donde se reunía la gente que "arreglaba cosas" no tenía nombre en la puerta.

Tenía luz tenue, mesas pegajosas y una música lo suficientemente baja como para que las conversaciones parecieran confidencias. Gael no entró como un héroe. Entró como alguien que ya había pagado demasiadas veces por confiar en lugares así.

Noa lo siguió con el estómago apretado y el orgullo por delante. No quería estar allí. Pero quería saber. Quería mirar a los ojos a la parte del mundo que estaba intentando hundirla.

—Si te incomoda, nos vamos —dijo Gael, sin mirar atrás.

Noa apretó la mandíbula.

—No me incomoda. Me enfurece.

Gael asintió, como si esa diferencia importara.

Se sentaron en una mesa del fondo. Un hombre llegó diez minutos tarde, con chaqueta cara y sonrisa fácil. Ojos de quien ha visto miedo y lo usa como moneda.

—Gael —dijo el hombre—. Creí que estabas retirado.

Gael no sonrió.

—Estoy ocupado.

El hombre miró a Noa de arriba abajo como quien evalúa un problema.

—Y esto… ¿qué es?

Noa abrió la boca para contestar, pero Gael lo hizo antes, con calma.

—Es Noa. Y tú vas a hablarle como a una persona.

La sonrisa del hombre se afiló. Luego se relajó.

—Vale, vale. —Se recostó—. ¿Qué quieres, Gael?

Gael apoyó el móvil boca abajo sobre la mesa. No lo usaba para grabar. Era un recordatorio de límites. Noa se lo agradeció en silencio.

—Quiero saber quién ha entrado en su cuenta desde dentro —dijo Gael—. Y quiero saber quién hace de fotógrafo.

El hombre soltó una risa baja.

—Eso es caro.

Gael lo miró.

—No vengo a comprar. Vengo a preguntar.

—Todo se compra —respondió el hombre.

Noa sintió un asco que le subía por la garganta. Gael no se alteró.

—No todo. —Gael se inclinó un poco—. Mira. Yo sé que trabajas para Héctor.

El hombre pestañeó. Una fracción.

Noa lo vio. Gael también.

—No sé de qué hablas —dijo el hombre, demasiado rápido.

Gael sacó un papel y lo dejó sobre la mesa. Noa no alcanzó a leerlo entero, pero vio un nombre, una fecha, un sello.

—Esto es una denuncia archivada que nadie mira —dijo Gael—. Y esto —sacó otro papel— es el registro de una sociedad donde tu nombre aparece donde no debería.

El hombre tragó saliva.

—¿Qué estás haciendo?

Gael lo miró con una frialdad que Noa nunca le había visto.

—Te estoy dando una opción. —Señaló los papeles—. Si colaboras, esto se queda en mi mesa. Si no… mañana llega a un despacho que te hace sudar.

Noa sintió un escalofrío. Eso era lo gris. No era violencia, pero era presión.

El hombre apretó la mandíbula.

—Eres un cabrón.

Gael no se inmutó.

—Y tú eres un intermediario. No te estoy pidiendo que te sacrifiques. Te estoy pidiendo que me compres tiempo.

Noa se inclinó hacia delante.

—Quiero mi vida de vuelta —dijo, clara—. Y quiero que me dejen de vigilar.

El hombre la miró, y por un segundo su sonrisa se apagó.

—¿Sabes con quién te estás metiendo? —preguntó.

Noa sostuvo su mirada.

—Lo estoy descubriendo.

El hombre miró a Gael, luego volvió a Noa.

—Hay una chica en tu oficina —dijo al fin—. Una que hace favores para quedar bien. No sabe hasta dónde llega. —Se encogió de hombros—. Marta.

Noa sintió un golpe en el pecho. No por sorpresa, sino por confirmación.

—¿Marta? —susurró.

Gael no celebró. Solo preguntó:

—¿Y el fotógrafo?

El hombre se rió sin humor.

—Eso lo hace alguien de seguridad interna. Alguien con acceso a tarjetas. Alguien que se cree intocable.

Noa apretó los dedos.

—¿Nombre?

El hombre negó.

—No lo tengo. Pero… —se inclinó— sé que Héctor quiere que firmes. Y si no firmas, va a hacer que parezca que tú… hiciste cosas peores.

Noa tragó saliva. Gael la miró como preguntando: "¿sigues?"

Noa asintió, aunque le dolía.

Gael recogió los papeles.

—Gracias —dijo, y no sonó agradecido. Sonó final.

El hombre los miró salir con un rencor extraño.

—Gael —dijo de pronto—. Si la proteges, te hundes tú. Ya te hundió una vez. Te volverá a hundir.

Gael se detuvo un segundo. No se giró.

—Ya estoy hundido —dijo—. Lo que hago ahora es aprender a respirar.

Salieron al aire de la calle como quien sale de un lugar sucio. Noa respiró hondo.

—Eso fue… —dijo, buscando palabra.

—Gris —terminó Gael, sin orgullo.

Noa lo miró.

—No me gusta.

Gael asintió.

—A mí tampoco.

Noa apretó el bolso.

—Pero funcionó.

Gael la miró serio.

—Sí. Y por eso es peligroso.

El móvil de Noa vibró. Mensaje nuevo.

"TÚ NO SABES QUIÉN TE SALVA."

Noa lo leyó, luego miró a Gael.

—Yo sí sé —dijo—. Me salvo yo. Tú solo… estás aquí.

Gael la miró, y en su cara pasó algo parecido al alivio.

—Bien —dijo—. Porque así es como tiene que ser.

Noa miró hacia la calle, y por primera vez sintió algo parecido a poder.

—Vamos a hablar con Marta —dijo.

Gael asintió.

—Vamos.

CAPÍTULO 13 — LA CITA INVOLUNTARIA

La oficina de Marta estaba en la misma planta donde Noa había pasado años creyendo que el peligro siempre venía de fuera.

El pasillo olía a impresoras y a prisa. Gente que no levantaba la vista de sus pantallas. Gente que sonreía demasiado o evitaba sonreír. Noa caminó con la espalda recta, como si su cuerpo pudiera convencer al mundo de que seguía teniendo sitio allí.

Gael iba a su lado, pero a un paso de distancia. No pegado. No delante. Presente sin ocupar.

—Si quieres que espere fuera, lo hago —dijo él, en voz baja.

Noa miró la puerta de Marta. El nombre en la placa le pareció de repente una palabra extraña, como si nunca la hubiera conocido de verdad.

—Quédate —dijo Noa—. Pero no hables tú. Si abre la boca alguien, soy yo.

Gael asintió.

Noa llamó.

Al principio no hubo respuesta. Luego se oyó una silla arrastrándose, pasos rápidos. La puerta se abrió apenas una rendija, y los ojos de Marta aparecieron como un animal asustado.

—Noa… —dijo, y ya ahí estaba todo: culpa, miedo, sorpresa.

Noa sostuvo su mirada.

—Necesito hablar contigo. Ahora.

Marta miró a Gael y se puso más pálida.

—¿Quién…?

—No es tu problema —dijo Noa—. Abre.

Marta abrió. El despacho era pequeño, desordenado, lleno de post-its de colores, una planta medio muerta y un perfume barato que intentaba tapar el sudor del miedo.

Noa cerró la puerta detrás de ellos.

Marta se quedó de pie, sin sentarse.

—Noa, yo…

—No —cortó Noa, firme—. Primero voy a decirte lo que sé. Luego tú hablas.

Marta apretó las manos.

Noa dejó sobre la mesa una copia impresa del registro de accesos que IT le había prometido (aunque aún no estuviera completo) y una foto de la nota.

—Alguien ha entrado en mi cuenta desde dentro —dijo Noa—. Han falsificado correos. Me han suspendido. Me han vigilado. Y hoy alguien me ofreció un acuerdo para que me vaya en silencio.

Marta tragó saliva.

Noa la miró directo.

—Y sé que tú has reenviado cosas.

Marta abrió la boca. Se le llenaron los ojos de lágrimas al instante.

—Noa, yo no… yo no sabía.

Noa sintió una punzada. No de compasión. De rabia por lo fácil que era para algunos jugar con la vida ajena sin saber.

—¿Qué reenviabas? —preguntó.

Marta negó, llorando.

—Solo… cosas. Reuniones. Documentos. Me pedían que… —miró al suelo— que lo mandara "para agilizar". Yo pensé que era… normal.

Noa apretó la mandíbula.

—¿Quién te lo pedía?

Marta se encogió, como si la pregunta fuera un golpe.

—Héctor… a veces. O su asistente. O… —se tragó el resto.

Noa dio un paso más.

—Dime nombres.

Marta miró a Gael, aterrada, como si él fuera el castigo.

Gael se aclaró la garganta, pero no habló de ella. Habló de lo que Noa había pedido.

—Marta —dijo, con voz baja—, Noa no ha venido a destruirte. Ha venido a entender. Si cooperas, tienes opción de arreglar lo que hiciste sin querer.

Marta lo miró con ojos grandes. Luego miró a Noa.

—Yo… yo reenvié un correo tuyo sobre el informe —confesó—. Y… una vez… me pidieron que les pasara el enlace del sistema interno, el de cambio de contraseña. Pero yo no entré. Solo… lo mandé.

Noa sintió el mundo encajar en un lugar oscuro.

—¿Cuándo? —preguntó.

Marta miró su agenda, nerviosa.

—Hace… dos semanas. Me dijeron que era por "auditoría".

Noa respiró hondo. Dos semanas. Eso encajaba con el primer acceso extraño.

—¿Tienes mensajes? —preguntó Noa.

Marta dudó.

—¿Qué mensajes?

Noa clavó la mirada en ella.

—Los que te pidieron cosas. WhatsApp. Correos. Lo que sea. Necesito pruebas.

Marta se echó a temblar.

—Si entrego eso… me matan profesionalmente.

Noa sostuvo su mirada.

—Ya me lo están haciendo a mí. —La voz de Noa fue fría—. Y yo no te voy a prometer que no habrá consecuencias. Pero sí te puedo

prometer que si te callas, te conviertes en parte de esto.

Marta lloró, asintiendo, con el cuerpo rendido.

—Vale —susurró—. Vale. Te lo doy.

Abrió el móvil con manos temblorosas. Buscó un chat. Se lo enseñó a Noa.

Mensajes de un número guardado como "Asistente H."
"Pásame el enlace del sistema."
"Hazlo ya, por favor."
"Es urgente."
"Esto no sale de aquí."

Noa respiró hondo. Era feo, pero era oro.

—Haz captura —dijo Noa—. Y mándamela.

Marta obedeció.

Gael observó la escena con una quietud que Noa agradeció. No había disfrute. Solo tarea.

Cuando terminaron, Noa se guardó el móvil en el bolsillo como si guardara un arma.

—Marta —dijo—. Necesito que hagas una declaración por escrito. No hoy si no puedes. Pero pronto.

Marta se limpió las lágrimas con la manga.

—¿Y si… si Héctor me pregunta?

Noa la miró, seria.

—Le dices que estás enferma. Le dices lo que quieras. Pero no le dices esto.

Marta asintió, respirando rápido.

Al salir del despacho, Noa sintió que le temblaban las piernas. No por miedo. Por adrenalina. Por traición. Por lo humano que era todo.

Gael caminó a su lado en silencio, dejando que ella llenara el espacio.

Cuando llegaron a la calle, Noa se apoyó un segundo en una pared, cerró los ojos y soltó el aire.

—Me siento… sucia —confesó.

Gael la miró.

—No estás sucia —dijo—. Estás despierta.

Noa soltó una risa breve, amarga.

—Ojalá no tuviera que despertar así.

Gael asintió.

—Yo también lo odio.

Hubo un silencio que no era incómodo. Era descanso.

Un restaurante pequeño al otro lado de la calle tenía las mesas fuera, con sol. Noa se dio cuenta de que llevaba horas sin comer. El cuerpo tenía necesidades que el miedo no respetaba.

Gael lo notó.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Noa iba a decir "no", por orgullo. Pero se acordó de su regla: decir la verdad.

—Sí —admitió.

Gael señaló el restaurante.

—Comemos aquí. Rápido. Y luego seguimos.

Noa lo miró, sorprendida por la normalidad. Era casi ridículo pensar en comida cuando alguien estaba intentado arruinarla. Y aun así, era necesario: si quería ganar, necesitaba energía.

Se sentaron. La camarera les sonrió, sin saber nada.

Noa miró el menú como si fuera una actividad de otra vida.

Gael la observó un momento.

—¿Qué? —preguntó Noa.

—Que estás aguantando mucho sin romperte —dijo él.

Noa bajó la mirada.

—No me estoy rompiendo porque tú estás aquí —confesó, y la frase le sorprendió a ella misma.

Gael se quedó quieto un segundo. No sonrió. No se aprovechó.

—Gracias por decirlo —respondió—. Pero quiero que sepas algo: si mañana decides que no quieres que esté, no me lo tomo como rechazo. Me lo tomo como… cuidado.

Noa lo miró, desarmada.

—¿Eres siempre así de… decente?

Gael soltó una risa baja.

—No. Con el mundo no. Conmigo no. Contigo… estoy intentando.

Noa sintió que se le apretaba el pecho. No por romanticismo barato. Por la rareza de alguien que intenta de verdad.

La camarera dejó dos platos. El vapor subió. El mundo olió un segundo a comida y a vida.

El móvil de Noa vibró.

Un mensaje nuevo, sin remitente.

"QUÉ BONITO VERTE COMER. SIGUE ASÍ, ANTES DE QUE TE QUITEN EL APETITO."

Noa se quedó helada.

Gael alzó la vista de inmediato.

—¿Qué pasa?

Noa le enseñó el móvil. Gael leyó el mensaje. Su mandíbula se endureció.

Noa miró alrededor: gente hablando, coches pasando, una ciudad que no sabía.

—Nos está mirando ahora —susurró.

Gael no levantó la voz. No se giró como un loco. Solo tomó aire.

—Vale —dijo—. Entonces tenemos algo: presencia física. Y una costumbre. Se cree intocable.

Noa apretó el tenedor.

—Quiero verlo.

Gael la miró, midiendo.

—Eso puede ser peligroso.

Noa sostuvo su mirada.

—Más peligroso es que yo siga imaginándolo.

Gael asintió, aceptando.

—Vale. Pero con tu regla: tú decides. Yo protejo.

Noa respiró hondo.

—Entonces… ¿qué hacemos?

Gael señaló con la barbilla hacia el reflejo del cristal del restaurante.

—Ahora comemos como si no pasara nada. Y cuando se confíe, lo obligamos a equivocarse.

Noa tragó saliva.

—¿Cómo?

Gael bajó la voz.

—Vamos a caminar por la ruta que él espera. Y luego… la cambiamos.

Noa lo miró, y por primera vez el plan le sonó a guerra.

—¿Y si no cae?

Gael sostuvo su mirada, firme.

—Caerá. Porque está jugando con tu miedo. Y tu miedo… hoy se acaba.

CAPÍTULO 14 — LA TRAICIÓN PEQUEÑA

La ruta "normal" hasta el coche era corta y predecible. La mayoría de la gente la haría sin pensar. Noa, esa tarde, no era "la mayoría".

Gael caminó a su lado sin pegarse, pero lo bastante cerca como para que el mundo los leyera como equipo. Noa odió lo mucho que le gustó eso.

—No mires atrás —dijo Gael—. Mira reflejos.

Noa tragó saliva.

—¿Reflejos?

Gael señaló discretamente con el movimiento de su cabeza: escaparates, cristales de coches, la ventana de un banco.

—Si alguien te sigue, lo verás sin darle el placer de que sepa que lo has visto.

Noa asintió, sintiéndose de pronto como protagonista de una película que no pidió.

Caminaron dos calles. Noa observó el reflejo de un coche negro. Nada.

Cruzaron un paso de peatones. Noa miró el reflejo de un escaparate. Un hombre con gorra, un abrigo oscuro… demasiado quieto para ser casual.

El estómago le dio un vuelco.

—Creo que… —susurró.

Gael no cambió el paso.

—Lo he visto —dijo, calmado—. Sigue.

Noa apretó las manos. Su cuerpo quería correr. Su orgullo quería girarse y gritar. Su cabeza quería ganar.

Gael giró a la derecha de repente.

Noa no lo esperaba. Pero siguió, porque esa era la parte del trato: confiar en el plan cuando la razón lo pedía.

Entraron en un portal vacío, como si fueran a casa de alguien. Gael cerró la puerta tras ellos.

Noa lo miró con el corazón desbocado.

—¿Qué haces?

Gael sacó el móvil y escribió rápido. Luego lo guardó.

—Si nos sigue, entra.

Noa tragó saliva.

—¿Y si entra?

Gael la miró.

—Entonces lo veremos. Y lo documentamos. Y tú decides si lo denuncias como acoso con pruebas.

Noa respiró hondo. Notó el frío del portal, el olor a humedad, la vulnerabilidad.

—No quiero que te pelees —dijo.

Gael alzó las manos, abiertas.

—No voy a pelear. Voy a mirar.

Esperaron. Diez segundos. Quince. Veinte.

Un sonido: la puerta de fuera abriéndose.

Pasos.

Noa sintió que el corazón le golpeaba la garganta.

La silueta apareció en el cristal del portal. Un hombre con gorra, abrigo oscuro, un móvil en la mano. Se detuvo. Miró alrededor. No entró del todo. Solo lo justo para ver si los seguían allí.

Gael levantó el móvil discretamente y tomó una foto, sin flash. Otra. Una tercera.

El hombre levantó la vista, como si sintiera la cámara. Su mirada se cruzó con la de Noa a través del cristal.

Fue un segundo, pero le pareció un minuto.

Noa sintió asco.

El hombre sonrió.

Y se fue.

Noa se quedó quieta, temblando.

Gael no la tocó.

—Respira —dijo, suave.

Noa inhaló, exhaló. Tembló. No lloró.

—Lo vi —susurró.

Gael asintió.

—Sí.

Noa apretó el móvil en el bolsillo.

—¿Quién es?

Gael negó lentamente.

—Aún no. Pero ya no es una sombra. Ya es un cuerpo. Eso es importante.

Noa se apoyó en la pared del portal.

—Me siento… expuesta.

Gael la miró.

—Eso es lo que él quiere. —Pausa— ¿Quieres irte a casa ahora?

Noa cerró los ojos.

—No.

Gael alzó una ceja.

Noa abrió los ojos con decisión.

—Quiero seguir. Quiero ir a por la persona que lo permitió. Quiero cerrar el agujero desde dentro.

Gael asintió, respetando.

—Marta.

Noa apretó la mandíbula.

—Marta ya habló. Ahora quiero… a quien manda.

Gael la miró, serio.

—Eso es mañana. Hoy necesitamos proteger lo que Marta te dio.

Noa respiró hondo.

—¿Cómo?

Gael sacó el portátil, rápido, y le mostró algo: un backup cifrado en una nube segura, con marcas de tiempo.

—Esto —dijo—. Para que no lo borren.

Noa sintió un alivio raro.

—¿Me estás haciendo una copia de mi vida?

Gael la miró.

—Estoy asegurando tu verdad.

Noa tragó saliva. Eso le tocó una zona delicada.

Volvieron a la calle. El hombre ya no estaba, pero Noa sentía su presencia en la nuca.

En el coche, Noa miró el móvil. Un mensaje nuevo.

"NO ME HAS VISTO. SOLO HAS VISTO LO QUE QUIERO QUE VEAS."

Noa lo leyó y, por primera vez, se rió.

Gael la miró, confundido.

—¿Qué?

Noa levantó la vista.

—Que está nervioso —dijo—. Si no estuviera nervioso, no hablaría tanto.

Gael la observó un segundo y luego asintió.

—Aprendes rápido.

Noa apretó el volante.

—No quiero aprender esto.

Gael bajó la mirada.

—Yo tampoco quise.

Silencio.

Después, Noa habló, más baja:

—Gracias por no tocarme cuando estoy así.

Gael la miró, sorprendido.

—¿Qué?

Noa se encogió de hombros, incómoda con la vulnerabilidad.

—Me ayuda que me preguntes antes de… cualquier cosa.

Gael asintió, serio.

—Prometido.

Noa respiró hondo, sintiendo algo peligroso: confianza.

Esa noche, al llegar a casa de Gael, Noa se sentó frente al portátil para repasar las pruebas. El vídeo. Los mensajes. Las capturas de Marta.

Gael se sentó frente a ella, pero sin invadir.

—Mañana vamos con abogado —dijo Noa.

Gael asintió.

—Mañana.

Noa miró la pantalla. La hora. La fecha. Su nombre.

—Y quiero algo más —dijo.

Gael la miró.

—Dime.

Noa tragó saliva.

—Quiero que me cuentes todo lo de tu pasado con Héctor. Sin huecos.

Gael se quedó quieto. Dolido. Pero no huyó.

—Vale —dijo—. Esta noche.

El móvil vibró una vez más.
Mensaje sin remitente:
“SI SABES QUIÉN ES ÉL, ¿SEGUIRÁS AHÍ?”
Noa miró a Gael, y en sus ojos no había duda.
—Sí —susurró—. Pero lo quiero escuchar de su boca.
Gael asintió, como si aceptara el peso.
—Te lo cuento. Todo.

CAPÍTULO 15 — ATAQUE ELEGANTE

Gael no empezó su historia con heroicidad. La empezó con vergüenza.

Se sentaron en la cocina, de noche, con dos tazas frías y una luz cálida que intentaba hacer de hogar algo que era trinchera.

—Héctor no era el jefe en aquel entonces —dijo Gael—. Era el hombre detrás del jefe. El que no firma, pero decide.

Noa escuchó sin interrumpir. Esa era su regla: si quería verdad, tenía que dejar espacio.

—Una mujer denunció irregularidades —continuó Gael—. Tenía pruebas, pero no suficientes "para el sistema". Yo estaba en el equipo que revisaba. Y vi… vi el patrón. El mismo que estás viendo tú.

Noa apretó la taza.

—¿Qué hiciste?

Gael tragó saliva.

—Al principio, nada. —La honestidad le dolía—. Miré a otro lado. Pensé que si me metía, me hundía.

Noa sintió un pinchazo. No por juicio. Por reconocimiento: ella también había callado cosas por miedo.

—¿Y luego?

—Luego intenté hacerlo bien… y lo hice mal —dijo Gael—. Me obsesioné. Me salté procedimientos. Presioné a gente equivocada. Y Héctor… me tendió una trampa. Hizo que pareciera que yo estaba acosando, usando información. Perdí mi placa. Y ella… ella perdió igual.

Noa se quedó callada, con el estómago revuelto.

—¿Y por qué vuelves ahora?

Gael la miró con una seriedad que Noa sintió como un golpe suave.

—Porque esta vez no estoy solo. —Pausa— Y porque esta vez no voy a decidir por ti. Tú diriges. Yo… solo pongo lo que sé.

Noa respiró hondo. Quiso decir algo bonito. No le salió.

—Gracias por contarlo —dijo al fin.

Gael asintió, agotado.

—No quiero que Héctor use esto para meterte miedo.

Noa levantó la barbilla.

—Ya intentó. No funcionó.

Gael sonrió apenas, cansado.

—Bien.

Y entonces, como si el mundo escuchara esa pequeña victoria y decidiera escupirles encima, el móvil de Noa vibró.

Un correo masivo.

Asunto: **"COMUNICADO INTERNO — URGENTE"**

Noa lo abrió. Su nombre aparecía en el primer párrafo.
"Investigación interna". "Conducta impropia". "Acceso no autorizado".

Lo estaban haciendo público.

Noa sintió que se le hundía el estómago.

—No… —susurró.

Gael se inclinó para mirar. Su mandíbula se endureció.

—Ataque elegante —dijo—. No te golpea. Te mancha.

Noa sintió la rabia subirle como un incendio.

Su móvil empezó a vibrar sin parar. Mensajes de compañeros.

"¿Es verdad?"
"Lo siento…"
"¿Qué has hecho?"
"Mejor no me escribas."

Noa apretó los ojos un segundo. El aire le faltó.

—Me están matando —dijo, con voz rota.

Gael se levantó. Se movió rápido, pero no como un loco: como alguien que ya había visto esto.

—Respira —dijo—. No respondas a nadie todavía. No te defiendas por chat. Eso es lo que quieren.

Noa abrió los ojos, furiosa.

—i¿Entonces qué hago?!

Gael la miró fijo.

—Lo documentamos. Y respondemos donde duele: con pruebas y por el canal correcto. No con emoción.

Noa tembló. Odiaba esa palabra: "correcto". El correcto la estaba hundiendo.

Gael lo notó.

—Y sí —añadió—. También vamos a hacer algo que a él le duele más que el correcto: vamos a hacer que su mentira tenga fecha, hora y huella.

Noa respiró hondo.

—¿Cómo?

Gael abrió el portátil. Mostró el backup cifrado.

—Con esto. Y con el informe de IT. Y con la declaración de Marta. —La miró—. Pero necesito que hagas algo ahora: me digas qué te está pasando por dentro.

Noa parpadeó.

—¿Qué?

—Si te quedas sola con esto, te vas a romper en silencio —dijo—. Y eso… eso es lo que él quiere.

Noa tragó saliva. La frase le dio en el centro.

—Me da vergüenza —confesó, odiándolo—. Me da vergüenza que la gente me mire así. Me da vergüenza… parecer culpable.

Gael asintió, como si esa vergüenza fuera algo común y no una debilidad.

—No eres culpable —dijo—. Y la vergüenza no es tuya. Es su arma.

Noa apretó los labios.

—Y tengo miedo —añadió— de que esto me deje sola.

Gael la miró, y en su voz no hubo promesa grande. Hubo algo mejor: una decisión pequeña y firme.

—Noa, aunque hoy te escriban menos, tú no estás sola.

Noa respiró hondo. Sintió que el miedo quería ganar. Y no le dio permiso.

—Vale —dijo—. Entonces… vamos a responder.

Gael asintió.

—Bien. Primero: abogado mañana temprano. Segundo: denuncia ampliada por acoso. Tercero: pedimos medidas de protección en la empresa. Cuarto: bloqueamos canales de ataque digital.

Noa miró el correo masivo otra vez. Sintió ganas de gritar. En lugar de eso, escribió en su cuaderno:

“Hoy intentan mancharme. Mañana pruebo la verdad.”

El móvil vibró con un mensaje nuevo, esta vez de un número desconocido, pero con una foto adjunta.

Noa la abrió.

Era una captura de un chat. Un chat antiguo. Entre Gael y alguien.

La frase subrayada decía: **“Si hace falta, lo hundo.”**

Noa sintió un golpe en el estómago.

Miró a Gael.

—¿Qué es esto? —preguntó, y la voz le salió fría.

Gael se quedó quieto. La miró y, por primera vez, parecía herido de verdad.

—Esa frase… —dijo despacio— no era sobre ti.

Noa apretó el móvil.

—Pero la están usando para decirme que estás aquí para hundir a alguien.

Gael tragó saliva.

—Eso es lo que Héctor quiere: que me veas como amenaza. Que dudes de mí.

Noa respiró hondo, intentando no caer en la trampa.

—Entonces dímelo claro —exigió—: ¿vas a cruzar una línea por mí?

Gael la miró directo. Y ahí no hubo duda.

—No sin ti —dijo—. Y no contra ti. Nunca.

Noa lo observó. Le creyó… pero el miedo ya había sembrado su semilla.

El correo masivo seguía ahí, flotando como veneno.

Noa cerró el portátil con calma.

—Mañana —dijo— vamos a escuchar al abogado. Y después… veremos cuánto cuesta ganar.

Gael asintió.

—Mañana.

Noa se levantó y fue al baño. Se miró en el espejo. Tenía los ojos rojos, pero la mandíbula firme.

Cuando volvió, Gael estaba en la cocina, lavando las tazas como si lavar fuera una forma de sostenerse.

Noa lo miró un segundo largo.

—No me dejes sola —dijo.

Gael no levantó la vista.

—No.

El móvil vibró una última vez.

Mensaje sin remitente:

“DIME: ¿CONFIARÁS EN ÉL CUANDO TE ENSUCIE?”

Noa lo leyó, y sintió que el capítulo siguiente ya estaba escrito en su pecho.

CAPÍTULO 16 — QUIÉN ES GAEL CUANDO NO MIRA

Noa dejó el móvil sobre la mesa como si pesara.

—Esa captura… —dijo—. La frase. "Si hace falta, lo hundo". ¿Qué significa de verdad?

Gael se sentó despacio, sin escaparse hacia el humor ni hacia la defensa.

—Significa que hubo un momento en el que pensé que la justicia era una cosa… que se podía empujar —admitió—. Y me equivoqué.

Noa lo miró fijo.

—¿Hiciste algo ilegal?

Gael negó.

—No crucé esa línea. Pero estuve cerca. Y eso fue suficiente para que Héctor me construyera una jaula con mi propia sombra.

Noa tragó saliva.

—¿Por qué me lo dices así, ahora?

—Porque si te lo ocultan, lo usan contra ti —dijo Gael—. Y yo no vuelvo a darte sorpresas.

Noa respiró hondo, intentando mantener la regla que ella misma había creado: verdad completa.

—¿Qué harías si esto se complica más?

Gael la miró, serio.

—Te lo diría antes. Y decidiríamos juntos.

Noa asintió, pero la duda seguía ahí, como un hilo tensado: no sobre él… sobre el mundo.

El móvil vibró.
Un correo nuevo: “CITACIÓN — comparecencia adicional”.
Noa lo abrió con el estómago en la garganta.
—Han añadido… —susurró— una acusación nueva.
Gael leyó por encima.
—Quieren que parezca que tú hiciste algo peor —dijo.
Noa apretó el móvil.
—Mañana con el abogado.
Gael asintió.
—Mañana.
Y justo antes de dormir, llegó un mensaje sin remitente:
“MAÑANA NO IRÁS SOLA. MAÑANA IRÁS HUMILLADA.”

CAPÍTULO 17 — NOA ELIGE

El despacho del abogado olía a papel y a café malo. Perfecto: aquí no había glamour, solo decisiones.

Noa habló primero. Gael se quedó callado, cumpliendo su parte del pacto.

El abogado revisó pruebas: informe de IT, capturas de Marta, nota del coche, registros horarios, foto del seguimiento.

—Esto es acoso y manipulación de reputación —dijo el abogado—. Pero necesitan algo más: una cadena clara que apunte a quién lo ordena.

Noa apretó la mandíbula.

—¿Cómo se consigue?

El abogado miró a Gael, como midiendo si era "problema".

Noa se adelantó:

—Él está conmigo. Pero yo decido.

El abogado asintió, respetándola.

—Entonces pedimos medidas y solicitamos diligencias. Y, si hay seguridad interna implicada, requerimos registros de acceso.

Al salir, Noa sintió que por primera vez tenía un mapa.

En la calle, Gael la miró.

—Has estado increíble —dijo.

Noa soltó una risa sin alegría.

—Estoy sobreviviendo.

Gael dudó un segundo.

—¿Puedo…? —preguntó, señalando su mano.

Noa lo miró. No era romanticismo. Era ancla.

—Sí —dijo.

Se tomaron de la mano un instante. Solo un instante.

En ese momento, un coche pasó despacio. Demasiado despacio.

Noa notó la cámara del móvil asomando desde la ventana.

Gael no tiró de ella. Solo dijo:

—Sigue andando. Normal.

Noa apretó su mano, caminando firme.

El móvil vibró.

Una foto de ellos dos, de la mano.
Debajo: **“YA TE QUEMASTE CON ÉL.”**

CAPÍTULO 18 — LA LÍNEA 2

Esa tarde, Gael recibió una llamada y se apartó para contestar. Noa lo observó desde la cocina, intentando no caer en paranoia… y fallando.

Cuando colgó, Gael volvió con la cara más cerrada.

—Tengo algo —dijo.

—¿Qué cosa? —Noa se tensó—. Regla uno: sin secretos.

Gael asintió.

—Un documento que podría hundir a Héctor. No en juicio. Fuera. En su vida.

Noa sintió un frío limpio.

—¿Y cómo lo conseguiste?

Gael no titubeó.

—Me lo ofrecieron. Un contacto. No es ilegal tenerlo. Lo ilegal sería usarlo como chantaje.

Noa lo miró, respirando despacio.

—Entonces no se usa.

Gael apretó la mandíbula.

—Podría acabar esto hoy.

—Podría acabarlo *a cualquier precio* —corrigió ella—. Y ese precio soy yo.

Gael la miró largo, como si luchara con una parte antigua de sí mismo.

Luego, bajó el documento a la mesa.

—No lo uso —dijo—. Te lo enseño. Y lo guardamos como último recurso… pero legal.

Noa sintió un golpe de alivio. También de miedo: *lo eligió*, pensó. *Me eligió*.

El móvil vibró. Número oculto.

Esta vez no hubo amenaza. Solo una frase:

"ÉL SIEMPRE ELIGE TARDE."

Noa miró a Gael.

—Demuestra que no —dijo, bajito.

Gael asintió.

—Mañana. Con hechos.

CAPÍTULO 19 — EL TESTIGO QUE TIEMBLA

Marta aceptó verlos en un café lejos de la oficina. Llegó con gafas oscuras aunque no hiciera sol. Su cuerpo gritaba "me arrepiento".

—Yo no quería… —empezó.

Noa alzó la mano.

—Lo sé. Pero ahora necesito que seas valiente cinco minutos.

Marta sacó el móvil y lo dejó sobre la mesa. Había mensajes. Pedidos. Presión. Y una nota de voz.

—Esto… esto lo mandó él —susurró Marta—. No directamente. Pero… ya sabes.

Noa tragó saliva.

—Reenvíamela. Y luego haces una declaración con el abogado.

Marta negó, temblando.

—Si hago eso, me destruyen.

Gael habló por primera vez, calmado:

—Si no lo haces, te usarán igual. La diferencia es si lo hacen contigo callada o contigo protegida.

Marta respiró rápido.

—¿Protegida por quién?

Noa sostuvo su mirada.

—Por mí también.

Marta parpadeó, sorprendida. Asintió despacio.

Envió la nota de voz.

Noa la reprodujo: una voz masculina, segura, diciendo que "hay que cerrar esto" y que Noa "no debe hacer ruido".

No era una confesión, pero era un hilo.

Cuando salieron, Noa notó una figura en la acera de enfrente. Gorra. Abrigo. Móvil.

El mismo.

Noa se quedó quieta.

Gael se acercó un poco.

—¿Quieres correr o quieres mirarlo? —preguntó.

Noa respiró hondo.

—Mirarlo.

Noa levantó el móvil y le sacó una foto de frente.

El hombre se giró y se fue rápido.

Gael miró la imagen.

—Ahora sí —dijo—. Ahora ya tenemos cara.

Y entonces llegó el mensaje:

"BONITA FOTO. AHORA TE TOCA PAGARLA."

CAPÍTULO 20 — LA RUPTURA QUE NO ES RUPTURA

Esa noche, Noa no pudo cenar. El cuerpo le pedía huida. La cabeza le pedía control. El corazón… no sabía qué pedir.

—Tengo miedo —dijo al fin, sentada en el sofá.

Gael no la corrigió. No le dijo "tranquila".

—Yo también —admitió.

Noa lo miró, sorprendida.

—¿De qué?

Gael tardó un segundo.

—De que te canses. De que esto te rompa… y me culpes por estar aquí.

Noa apretó los labios.

—Yo no te culpo por estar —dijo—. Te culparía por decidir sin mí.

Gael asintió.

—Entonces no lo haré.

Silencio.

Noa bajó la voz.

—Si esto se pone peor… ¿me vas a pedir que firme?

Gael negó.

—No. Te voy a pedir que elijas. Y te voy a decir la verdad de cada opción.

Noa respiró como si por fin pudiera.

El móvil vibró: correo. “Solicitud de registros denegada por falta de autorización”.

Gael apretó la mandíbula.

—Nos están bloqueando desde dentro —dijo.

Noa sintió el pánico asomar.

—Entonces no vamos a conseguir la prueba.

Gael la miró, firme.

—Sí la vamos a conseguir. Pero necesitamos a alguien con llave.

Noa tragó saliva.

—¿Quién?

Gael bajó la voz:

—Alguien de seguridad interna. Y sé cómo llegar.

Noa lo miró, tensa.

—¿Gris?

Gael sostuvo su mirada.

—Solo lo que tú permitas.

Noa asintió despacio.

—Entonces mañana… vamos a por la llave.

Y justo al final, llegó el mensaje que lo dejó todo en silencio:

“MAÑANA, UNO DE LOS DOS VA A CAER.”

CAPÍTULO 21 — LA JUGADA LIMPIA

A la mañana siguiente, Noa se vistió como si fuera a una entrevista: sobria, firme, sin dar espacio a la pena.

—Hoy no improvisamos —dijo.

Gael asintió, y por primera vez Noa vio algo parecido a orgullo tranquilo en su mirada.

—Hoy jugamos limpio y rápido —respondió.

El "hombre con llave" era **Sergio**, seguridad interna. Noa lo había visto mil veces: siempre atento, siempre correcto. El tipo de persona que parece invisible hasta que te das cuenta de que ve todo.

Lo citaron en un café cerca del edificio. Noa habló primero, como siempre.

—Necesito registros de acceso —dijo—. Necesito saber quién entró, cuándo, desde dónde. El canal oficial me lo está bloqueando.

Sergio frunció el ceño.

—No puedo entregarte eso así.

Noa respiró hondo.

—No te estoy pidiendo un favor sucio. Te estoy pidiendo que digas la verdad donde corresponde. Que declares lo que has visto. Que lo pidas tú por el procedimiento correcto. Tú tienes la llave.

Sergio miró a Gael, desconfiado.

—¿Y él?

Gael no se defendió. Solo dijo:

—Estoy aquí para que nadie te obligue a mentir.

Sergio tragó saliva.

—Si me meto en esto, me hunden.

Noa lo miró sin dureza, pero sin permitirle escapar.

—Ya me están hundiendo a mí. Y si no te metes, te usarán igual. El sistema siempre busca a alguien pequeño para cargarle el muerto.

Sergio apretó la mandíbula. Miró su café sin beberlo.

—Yo… —susurró— vi cosas. Movimientos raros. Accesos que no cuadran. Y vi al fotógrafo.

Noa se inclinó hacia delante.

—¿Quién es?

Sergio cerró los ojos un segundo.

—**Iván.** De seguridad externa. Lo colocaron "temporalmente" hace un mes. Desde entonces, todo se volvió… raro.

Gael se tensó apenas.

—¿Puedes ponerlo por escrito? —preguntó Noa.

Sergio dudó. Luego, como si se rompiera por dentro, asintió.

—Sí. Pero tiene que ser con abogado. Y con protección.

Noa sintió un alivio que casi dolía.

—Hecho.

Sergio sacó el móvil y, sin enviar nada, mostró un pantallazo: una conversación breve con un superior. "Deja ese registro. No es tu asunto."

Noa se quedó helada.

—Te lo ordenaron.

Sergio asintió, casi avergonzado.

—Sí.

Noa respiró hondo.

—Entonces lo hacemos ya.

Cuando Sergio se fue, Gael se inclinó hacia Noa.

—Esto… esto es la llave —dijo—. Y es limpio.

Noa asintió.

El móvil vibró.

Correo de un remitente desconocido, con asunto: **"ÚLTIMA OPORTUNIDAD."**

Dentro, una línea:

"Firma hoy y desaparece todo."

Noa lo leyó con calma, y por primera vez no sintió miedo: sintió desprecio.

—No firmo —dijo.

Gael asintió.

—Bien. Entonces mañana lo tumbamos con cadena de custodia.

Mensaje nuevo, inmediato:

"TE VOY A HACER ELEGIR ENTRE TU VIDA Y ÉL."

Noa miró a Gael.

—Ya elegí —dijo.

CAPÍTULO 22 — NOA
FRENTE A FRENTE

Héctor pidió verla “a solas”.

Noa se rió en la cara del correo.

—No —dijo—. Si me quiere ver, me ve con testigo.

El abogado aceptó una reunión en una sala neutral del edificio, con puerta de cristal y horario registrado. Noa entró con el corazón tenso, pero la espalda recta. Gael se quedó fuera, cumpliendo el acuerdo: presente sin invadir.

Héctor llegó con una sonrisa suave, como si fueran colegas y no enemigos.

—Noa —dijo—. Qué dramático todo esto.

Noa se sentó.

—Hablemos claro —respondió.

Héctor deslizó otro documento.

—Firma. Te reintegro una salida limpia. —Bajó la voz— Y te evito el golpe.

Noa lo miró, inmóvil.

—¿Qué golpe?

Héctor sonrió.

—Vas a perder. —Se encogió de hombros—. No porque seas mala, sino porque… no tienes suficiente espalda. Y él… —miró hacia la puerta de cristal, hacia donde Gael esperaba— él no va a salvarte. Te va a hundir con él.

Noa se inclinó hacia delante.

—Tú no me estás ofreciendo salida. Me estás ofreciendo silencio.

Héctor alzó las manos.

—Te estoy haciendo un favor.

Noa sostuvo su mirada, y su voz salió tranquila:

—Esa frase… la usan los cobardes cuando quieren controlar.

La sonrisa de Héctor se apagó un instante.

—Cuidado, Noa.

Noa respiró hondo.

—Sé lo de Iván —dijo.

Héctor parpadeó, una fracción. Imperceptible para cualquiera. No para Noa.

—¿Iván? —repitió, fingiendo.

Noa lo miró fijo.

—Tu fotógrafo. Tu sombra. Tu "seguridad externa temporal".

Héctor dejó el papel sobre la mesa, despacio.

—Noa… —dijo suave— tú no entiendes el juego.

Noa no se movió.

—Lo estoy aprendiendo. Y lo estoy documentando.

Héctor soltó un suspiro, como si estuviera cansado de ella.

—Te voy a decir algo con cariño —dijo—. A veces, lo más inteligente es retirarse.

Noa sonrió sin humor.

—A veces, sí. Pero esto… —señaló el documento— esto no es inteligencia. Es rendición.

Héctor se inclinó, por primera vez mostrando los dientes.

—Entonces prepárate. Porque mañana vas a entrar en esa audiencia como una mentirosa. Y él… —miró hacia la puerta otra vez— él entrará como un peligro.

Noa se levantó.

—Nos vemos mañana —dijo.

Al salir, Gael la miró.

—¿Estás bien?

Noa asintió.

—Estoy clara.

El móvil vibró con un mensaje sin remitente:

"¿SABES QUIÉN ES ÉL? ¿SABES LO QUE HIZO?"

Noa guardó el móvil sin leerlo dos veces.

—Lo sé lo suficiente —dijo.

Pero cuando subieron al coche, el abogado llamó:

—Han presentado una queja formal contra Gael. Hoy. Lo están preparando para mañana.

Noa apretó el volante.

—Perfecto —susurró—. Entonces mañana no solo se cae la mentira sobre mí.

Se cae todo.

CAPÍTULO 23 — GAEL ELIGE A NOA

Esa noche, Gael sacó el documento "bomba" y lo dejó sobre la mesa, sin abrirlo.

—Esto podría destruirlo —dijo.

Noa lo miró, helada.

—¿Chantaje?

Gael negó.

—Exposición. Fuera del juicio. Sin derecho a defensa. Sería… rápido.

Noa respiró hondo.

—¿Y por qué me lo enseñas?

Gael la miró, con los ojos cansados.

—Porque tengo miedo de mí mismo cuando me acorralan. Y porque si te lo oculto, vuelvo a ser el tipo que decide solo.

Noa se acercó. No lo tocó aún.

—¿Quieres usarlo?

Gael tragó saliva.

—Una parte de mí sí.

Noa sostuvo su mirada.

—Y si lo usas, ¿qué somos?

Gael cerró los ojos.

—Un secreto más. Una mancha más.

Noa bajó la voz.

—Entonces no lo usamos.

Gael abrió los ojos. Asintió. Lento.

—No lo uso —repitió—. Te elijo a ti. Y elijo hacerlo bien.

Noa sintió un alivio que se le subió a la garganta.

—Gracias —susurró.

Gael no sonrió. Solo respiró, como si hubiera soltado una piedra enorme.

Entonces, un golpe en la puerta.

Seco. Controlado.

Noa se quedó helada.

Otro golpe.

Gael se movió rápido, pero no hacia la violencia. Hacia el control: mirilla, cámara, luz apagada.

—¿Quién? —preguntó, firme.

Silencio.

Noa sintió el corazón en la garganta.

El móvil vibró. Mensaje sin remitente:

"SAL. SOLO UN MINUTO. O MAÑANA TE HAGO PEDAZOS."

Noa apretó el móvil.

—No —dijo.

Gael la miró.

—No salimos.

Otro golpe.

Y entonces, una voz desde fuera, baja:

—Gael… sé que estás ahí.

Noa miró a Gael con terror.

—¿Lo conoces?

Gael apretó la mandíbula.

—Es Iván.

Noa tragó saliva.

Gael sacó el móvil, marcó emergencia sin llamar aún, solo listo. Mirándolo todo.

—Noa —dijo, sin apartar la vista de la puerta—. ¿Quieres que llamemos ya?

Noa respiró hondo.

—Sí.

Gael pulsó.

Desde fuera, Iván rió.

—Qué obediente —dijo—. Mañana te vas a quedar sin voz.

La línea conectó. Gael habló rápido, claro. Dirección, acoso, amenazas.

Dentro, Noa sintió el miedo… y también algo nuevo: que ya no estaban solos contra una sombra. Ahora el mundo tenía un nombre.

Iván dio un último golpe en la puerta.

—Mañana —dijo—. Uno de los dos cae.

Y se fue.

Noa se quedó temblando.

Gael se giró y, por primera vez, pidió permiso con la mirada.

Noa asintió.

Gael la abrazó. Fuerte, pero no apretando. Como ancla.

—Mañana —susurró Noa contra su pecho— no caigo yo.

Gael apretó la mandíbula.

—Ni tú. Ni yo. Mañana se cae él.

CAPÍTULO 24 — AUDIENCIA

La sala era fría, blanca, demasiado limpia para todo lo sucio que cabía dentro.

Noa entró con el abogado. Gael entró por separado, a distancia. Noa lo miró un segundo: ojeras, mandíbula firme, el tipo de calma que nace del cansancio.

Héctor ya estaba allí, con su sonrisa de siempre y un equipo a su alrededor.

Empezaron.

Hablaron de "protocolo". De "investigación". De "conducta". Intentaron que Noa se sintiera una palabra en un documento.

Noa respiró y esperó su turno. Cuando le tocó, habló sin temblar.

—Mi cuenta fue vulnerada desde dentro —dijo—. Hay registros. Hay capturas. Hay testigos.

El abogado entregó el informe de IT. Entregó la declaración de Marta. Entregó los mensajes. Entregó la denuncia por acoso.

Héctor pidió la palabra con calma.

—Todo esto es… interpretativo —dijo—. Y además, hay un elemento preocupante: el señor Gael…

Se giraron hacia Gael como si lo invitaran a ser monstruo.

—…tiene un historial conflictivo con la empresa —continuó Héctor—. Y hoy creemos que está manipulando a la señorita Noa para una venganza personal.

Noa apretó los dedos, pero no explotó.

El abogado de Noa se levantó.

—Presentamos una declaración de seguridad interna —dijo—. Y solicitamos registros de acceso a tarjetas y turnos de vigilancia.

Héctor parpadeó, mínimo.

Noa vio el microgesto. Y supo: lo sorprendieron.

El responsable del proceso (juez/tribunal interno) frunció el ceño.

—¿Existe esa declaración?

El abogado asintió.

—Sí. De Sergio. Seguridad interna. Y señala a Iván, seguridad externa, como fotógrafo y como parte del hostigamiento.

Héctor se inclinó hacia atrás, por primera vez menos cómodo.

El tribunal levantó la vista.

—Necesitamos demostrar acceso físico —dijo—. Algo que ate el registro digital a un cuerpo.

Noa sintió el estómago caer. Esa era la última puerta.

El abogado respiró.

—Tenemos solicitud presentada. Pero nos fue denegada.

El tribunal miró a Héctor.

—¿Denegada por quién?

Héctor sonrió, demasiado rápido.

—Desconozco…

Y en ese instante, el abogado de Noa dijo la frase que cambió el aire:

—Tenemos el pantallazo donde se ordena "dejar ese registro". Con fecha. Con hora.

Silencio.

Noa sintió un golpe en el pecho. *Luz.*

El tribunal pidió receso breve para evaluar.

Noa salió al pasillo con el corazón desbocado. Gael se acercó, sin tocarla.

—Lo estás haciendo —susurró.

Noa respiró hondo.
—Aún no hemos ganado.
Gael asintió.
—Pero ya no estás sola.
En ese momento, el móvil vibró.
Mensaje sin remitente:
“SI GANAS, TE QUITO A ÉL.”
Noa levantó la vista hacia Gael.
—Que lo intente —dijo.

CAPÍTULO 25 — LA CAÍDA

El receso terminó con un sonido de papeles y una decisión.

El tribunal exigió los registros. Y cuando una exigencia viene de arriba, de pronto aparecen cosas que "no existían".

Héctor intentó mantener su sonrisa, pero ya no le salía igual.

Los registros mostraron accesos repetidos, en horarios concretos. Tarjeta de seguridad externa: Iván. Entrada y salida. Coincidencias exactas con los mensajes y las fotos.

Y luego, la pieza final: un correo interno reenviado, donde se pedía "gestionar la situación" y "silenciar" antes de "hacer daño a la marca". El remitente era una mano derecha de Héctor. No Héctor directamente. Pero el hilo era claro.

Noa escuchó todo con un silencio feroz. No celebró. No sonrió. Solo sostuvo su nombre como si fuera un objeto sagrado.

El tribunal dictaminó: investigación formal contra los implicados, suspensión de medidas contra Noa, restitución de su puesto (o proceso de restitución), y traslado del caso a instancias externas por acoso y manipulación.

Héctor se levantó sin mirar a Noa.

Pero antes de irse, se inclinó hacia ella y susurró:

—Esto no termina aquí.

Noa lo miró a los ojos.

—Para mí sí.

Héctor se fue, con la dignidad agrietada.

En el pasillo, Noa se apoyó en la pared. El cuerpo le tembló, no de miedo: de liberación.

Gael se acercó un paso.

—¿Puedo? —preguntó, señalando su hombro.
Noa asintió.
Gael la abrazó. No como dueño. Como refugio.
El móvil de Noa vibró. Correo:
“ARCHIVADO / MEDIDAS RESTABLECIDAS.”
Noa lo leyó. Y por primera vez en semanas, lloró.
—Ya… —susurró— ya.
Gael cerró los ojos, como si también soltara algo viejo.
—Ya.

CAPÍTULO 21 — LA JUGADA LIMPIA

A la mañana siguiente, Noa se vistió como si fuera a una entrevista: sobria, firme, sin dar espacio a la pena.

—Hoy no improvisamos —dijo.

Gael asintió, y por primera vez Noa vio algo parecido a orgullo tranquilo en su mirada.

—Hoy jugamos limpio y rápido —respondió.

El "hombre con llave" era **Sergio**, seguridad interna. Noa lo había visto mil veces: siempre atento, siempre correcto. El tipo de persona que parece invisible hasta que te das cuenta de que ve todo.

Lo citaron en un café cerca del edificio. Noa habló primero, como siempre.

—Necesito registros de acceso —dijo—. Necesito saber quién entró, cuándo, desde dónde. El canal oficial me lo está bloqueando.

Sergio frunció el ceño.

—No puedo entregarte eso así.

Noa respiró hondo.

—No te estoy pidiendo un favor sucio. Te estoy pidiendo que digas la verdad donde corresponde. Que declares lo que has visto. Que lo pidas tú por el procedimiento correcto. Tú tienes la llave.

Sergio miró a Gael, desconfiado.

—¿Y él?

Gael no se defendió. Solo dijo:

—Estoy aquí para que nadie te obligue a mentir.

Sergio tragó saliva.

—Si me meto en esto, me hunden.

Noa lo miró sin dureza, pero sin permitirle escapar.

—Ya me están hundiendo a mí. Y si no te metes, te usarán igual. El sistema siempre busca a alguien pequeño para cargarle el muerto.

Sergio apretó la mandíbula. Miró su café sin beberlo.

—Yo… —susurró— vi cosas. Movimientos raros. Accesos que no cuadran. Y vi al fotógrafo.

Noa se inclinó hacia delante.

—¿Quién es?

Sergio cerró los ojos un segundo.

—**Iván.** De seguridad externa. Lo colocaron "temporalmente" hace un mes. Desde entonces, todo se volvió… raro.

Gael se tensó apenas.

—¿Puedes ponerlo por escrito? —preguntó Noa.

Sergio dudó. Luego, como si se rompiera por dentro, asintió.

—Sí. Pero tiene que ser con abogado. Y con protección.

Noa sintió un alivio que casi dolía.

—Hecho.

Sergio sacó el móvil y, sin enviar nada, mostró un pantallazo: una conversación breve con un superior. "Deja ese registro. No es tu asunto."

Noa se quedó helada.

—Te lo ordenaron.

Sergio asintió, casi avergonzado.

—Sí.

Noa respiró hondo.

—Entonces lo hacemos ya.

Cuando Sergio se fue, Gael se inclinó hacia Noa.

—Esto… esto es la llave —dijo—. Y es limpio.

Noa asintió.

El móvil vibró.

Correo de un remitente desconocido, con asunto: **"ÚLTIMA OPORTUNIDAD."**

Dentro, una línea:

"Firma hoy y desaparece todo."

Noa lo leyó con calma, y por primera vez no sintió miedo: sintió desprecio.

—No firmo —dijo.

Gael asintió.

—Bien. Entonces mañana lo tumbamos con cadena de custodia.

Mensaje nuevo, inmediato:

"TE VOY A HACER ELEGIR ENTRE TU VIDA Y ÉL."

Noa miró a Gael.

—Ya elegí —dijo.

FIN DEL CAPÍTULO.

CAPÍTULO 22 — NOA
FRENTE A FRENTE

Héctor pidió verla “a solas”.

Noa se rió en la cara del correo.

—No —dijo—. Si me quiere ver, me ve con testigo.

El abogado aceptó una reunión en una sala neutral del edificio, con puerta de cristal y horario registrado. Noa entró con el corazón tenso, pero la espalda recta. Gael se quedó fuera, cumpliendo el acuerdo: presente sin invadir.

Héctor llegó con una sonrisa suave, como si fueran colegas y no enemigos.

—Noa —dijo—. Qué dramático todo esto.

Noa se sentó.

—Hablemos claro —respondió.

Héctor deslizó otro documento.

—Firma. Te reintegro una salida limpia. —Bajó la voz— Y te evito el golpe.

Noa lo miró, inmóvil.

—¿Qué golpe?

Héctor sonrió.

—Vas a perder. —Se encogió de hombros—. No porque seas mala, sino porque… no tienes suficiente espalda. Y él… —miró hacia la puerta de cristal, hacia donde Gael esperaba— él no va a salvarte. Te va a hundir con él.

Noa se inclinó hacia delante.

—Tú no me estás ofreciendo salida. Me estás ofreciendo silencio.

Héctor alzó las manos.

—Te estoy haciendo un favor.

Noa sostuvo su mirada, y su voz salió tranquila:

—Esa frase… la usan los cobardes cuando quieren controlar.

La sonrisa de Héctor se apagó un instante.

—Cuidado, Noa.

Noa respiró hondo.

—Sé lo de Iván —dijo.

Héctor parpadeó, una fracción. Imperceptible para cualquiera. No para Noa.

—¿Iván? —repitió, fingiendo.

Noa lo miró fijo.

—Tu fotógrafo. Tu sombra. Tu "seguridad externa temporal".

Héctor dejó el papel sobre la mesa, despacio.

—Noa… —dijo suave— tú no entiendes el juego.

Noa no se movió.

—Lo estoy aprendiendo. Y lo estoy documentando.

Héctor soltó un suspiro, como si estuviera cansado de ella.

—Te voy a decir algo con cariño —dijo—. A veces, lo más inteligente es retirarse.

Noa sonrió sin humor.

—A veces, sí. Pero esto… —señaló el documento— esto no es inteligencia. Es rendición.

Héctor se inclinó, por primera vez mostrando los dientes.

—Entonces prepárate. Porque mañana vas a entrar en esa audiencia como una mentirosa. Y él… —miró hacia la puerta otra vez— él entrará como un peligro.

Noa se levantó.

—Nos vemos mañana —dijo.

Al salir, Gael la miró.

—¿Estás bien?

Noa asintió.

—Estoy clara.

El móvil vibró con un mensaje sin remitente:

"¿SABES QUIÉN ES ÉL? ¿SABES LO QUE HIZO?"

Noa guardó el móvil sin leerlo dos veces.

—Lo sé lo suficiente —dijo.

Pero cuando subieron al coche, el abogado llamó:

—Han presentado una queja formal contra Gael. Hoy. Lo están preparando para mañana.

Noa apretó el volante.

—Perfecto —susurró—. Entonces mañana no solo se cae la mentira sobre mí.

Se cae todo.

FIN DEL CAPÍTULO.

CAPÍTULO 23 — GAEL ELIGE A NOA

Esa noche, Gael sacó el documento "bomba" y lo dejó sobre la mesa, sin abrirlo.

—Esto podría destruirlo —dijo.

Noa lo miró, helada.

—¿Chantaje?

Gael negó.

—Exposición. Fuera del juicio. Sin derecho a defensa. Sería… rápido.

Noa respiró hondo.

—¿Y por qué me lo enseñas?

Gael la miró, con los ojos cansados.

—Porque tengo miedo de mí mismo cuando me acorralan. Y porque si te lo oculto, vuelvo a ser el tipo que decide solo.

Noa se acercó. No lo tocó aún.

—¿Quieres usarlo?

Gael tragó saliva.

—Una parte de mí sí.

Noa sostuvo su mirada.

—Y si lo usas, ¿qué somos?

Gael cerró los ojos.

—Un secreto más. Una mancha más.

Noa bajó la voz.

—Entonces no lo usamos.

Gael abrió los ojos. Asintió. Lento.

—No lo uso —repitió—. Te elijo a ti. Y elijo hacerlo bien.

Noa sintió un alivio que se le subió a la garganta.

—Gracias —susurró.

Gael no sonrió. Solo respiró, como si hubiera soltado una piedra enorme.

Entonces, un golpe en la puerta.

Seco. Controlado.

Noa se quedó helada.

Otro golpe.

Gael se movió rápido, pero no hacia la violencia. Hacia el control: mirilla, cámara, luz apagada.

—¿Quién? —preguntó, firme.

Silencio.

Noa sintió el corazón en la garganta.

El móvil vibró. Mensaje sin remitente:

"SAL. SOLO UN MINUTO. O MAÑANA TE HAGO PEDAZOS."

Noa apretó el móvil.

—No —dijo.

Gael la miró.

—No salimos.

Otro golpe.

Y entonces, una voz desde fuera, baja:

—Gael… sé que estás ahí.

Noa miró a Gael con terror.

—¿Lo conoces?

Gael apretó la mandíbula.

—Es Iván.

Noa tragó saliva.

Gael sacó el móvil, marcó emergencia sin llamar aún, solo listo. Mirándolo todo.

—Noa —dijo, sin apartar la vista de la puerta—. ¿Quieres que llamemos ya?

Noa respiró hondo.

—Sí.

Gael pulsó.

Desde fuera, Iván rió.

—Qué obediente —dijo—. Mañana te vas a quedar sin voz.

La línea conectó. Gael habló rápido, claro. Dirección, acoso, amenazas.

Dentro, Noa sintió el miedo… y también algo nuevo: que ya no estaban solos contra una sombra. Ahora el mundo tenía un nombre.

Iván dio un último golpe en la puerta.

—Mañana —dijo—. Uno de los dos cae.

Y se fue.

Noa se quedó temblando.

Gael se giró y, por primera vez, pidió permiso con la mirada.

Noa asintió.

Gael la abrazó. Fuerte, pero no apretando. Como ancla.

—Mañana —susurró Noa contra su pecho— no caigo yo.

Gael apretó la mandíbula.

—Ni tú. Ni yo. Mañana se cae él.

FIN DEL CAPÍTULO.

CAPÍTULO 24 — AUDIENCIA

La sala era fría, blanca, demasiado limpia para todo lo sucio que cabía dentro.

Noa entró con el abogado. Gael entró por separado, a distancia. Noa lo miró un segundo: ojeras, mandíbula firme, el tipo de calma que nace del cansancio.

Héctor ya estaba allí, con su sonrisa de siempre y un equipo a su alrededor.

Empezaron.

Hablaron de "protocolo". De "investigación". De "conducta". Intentaron que Noa se sintiera una palabra en un documento.

Noa respiró y esperó su turno. Cuando le tocó, habló sin temblar.

—Mi cuenta fue vulnerada desde dentro —dijo—. Hay registros. Hay capturas. Hay testigos.

El abogado entregó el informe de IT. Entregó la declaración de Marta. Entregó los mensajes. Entregó la denuncia por acoso.

Héctor pidió la palabra con calma.

—Todo esto es… interpretativo —dijo—. Y además, hay un elemento preocupante: el señor Gael…

Se giraron hacia Gael como si lo invitaran a ser monstruo.

—…tiene un historial conflictivo con la empresa —continuó Héctor—. Y hoy creemos que está manipulando a la señorita Noa para una venganza personal.

Noa apretó los dedos, pero no explotó.

El abogado de Noa se levantó.

—Presentamos una declaración de seguridad interna —dijo—. Y solicitamos registros de acceso a tarjetas y turnos de vigilancia.

Héctor parpadeó, mínimo.

Noa vio el microgesto. Y supo: lo sorprendieron.

El responsable del proceso (juez/tribunal interno) frunció el ceño.

—¿Existe esa declaración?

El abogado asintió.

—Sí. De Sergio. Seguridad interna. Y señala a Iván, seguridad externa, como fotógrafo y como parte del hostigamiento.

Héctor se inclinó hacia atrás, por primera vez menos cómodo.

El tribunal levantó la vista.

—Necesitamos demostrar acceso físico —dijo—. Algo que ate el registro digital a un cuerpo.

Noa sintió el estómago caer. Esa era la última puerta.

El abogado respiró.

—Tenemos solicitud presentada. Pero nos fue denegada.

El tribunal miró a Héctor.

—¿Denegada por quién?

Héctor sonrió, demasiado rápido.

—Desconozco…

Y en ese instante, el abogado de Noa dijo la frase que cambió el aire:

—Tenemos el pantallazo donde se ordena "dejar ese registro". Con fecha. Con hora.

Silencio.

Noa sintió un golpe en el pecho. *Luz.*

El tribunal pidió receso breve para evaluar.

Noa salió al pasillo con el corazón desbocado. Gael se acercó, sin tocarla.

—Lo estás haciendo —susurró.

Noa respiró hondo.
—Aún no hemos ganado.
Gael asintió.
—Pero ya no estás sola.
En ese momento, el móvil vibró.
Mensaje sin remitente:
“SI GANAS, TE QUITO A ÉL.”
Noa levantó la vista hacia Gael.
—Que lo intente —dijo.
FIN DEL CAPÍTULO.

CAPÍTULO 25 — LA CAÍDA

El receso terminó con un sonido de papeles y una decisión.

El tribunal exigió los registros. Y cuando una exigencia viene de arriba, de pronto aparecen cosas que "no existían".

Héctor intentó mantener su sonrisa, pero ya no le salía igual.

Los registros mostraron accesos repetidos, en horarios concretos. Tarjeta de seguridad externa: Iván. Entrada y salida. Coincidencias exactas con los mensajes y las fotos.

Y luego, la pieza final: un correo interno reenviado, donde se pedía "gestionar la situación" y "silenciar" antes de "hacer daño a la marca". El remitente era una mano derecha de Héctor. No Héctor directamente. Pero el hilo era claro.

Noa escuchó todo con un silencio feroz. No celebró. No sonrió. Solo sostuvo su nombre como si fuera un objeto sagrado.

El tribunal dictaminó: investigación formal contra los implicados, suspensión de medidas contra Noa, restitución de su puesto (o proceso de restitución), y traslado del caso a instancias externas por acoso y manipulación.

Héctor se levantó sin mirar a Noa.

Pero antes de irse, se inclinó hacia ella y susurró:

—Esto no termina aquí.

Noa lo miró a los ojos.

—Para mí sí.

Héctor se fue, con la dignidad agrietada.

En el pasillo, Noa se apoyó en la pared. El cuerpo le tembló, no de miedo: de liberación.

Gael se acercó un paso.

—¿Puedo? —preguntó, señalando su hombro.
Noa asintió.
Gael la abrazó. No como dueño. Como refugio.
El móvil de Noa vibró. Correo:
“ARCHIVADO / MEDIDAS RESTABLECIDAS.”
Noa lo leyó. Y por primera vez en semanas, lloró.
—Ya… —susurró— ya.
Gael cerró los ojos, como si también soltara algo viejo.
—Ya.
FIN DEL CAPÍTULO.

CAPÍTULO 26 — HOY TAMBIÉN ELEGIMOS

Volver al trabajo no fue una escena de película. Fue más real: miradas, silencios, algún "lo siento" dicho tarde. Pero la silla de Noa seguía allí. Su nombre en la puerta seguía allí.

Y ella también.

A la salida, Gael la esperaba en la acera, sin invadir el edificio. Noa caminó hacia él con pasos tranquilos.

—¿Cómo estás? —preguntó Gael.

Noa pensó la respuesta. No quiso quedar bien. Quiso ser verdad.

—Cansada —dijo—. Pero entera.

Gael asintió.

—Eso es ganar.

Noa lo miró.

—No gané por ti.

Gael sonrió apenas.

—Lo sé. —Pausa— Y por eso me gustas.

Noa notó el golpe suave de esa frase en el pecho.

Caminaron sin prisa. La ciudad parecía igual, pero Noa sabía que no lo era: porque ella no lo era.

En casa, Noa pegó un post-it en la nevera.

HOY TAMBIÉN ELEGIMOS.

Gael lo leyó y la miró.

—¿Qué significa exactamente? —preguntó.

Noa se giró hacia él.

—Que no quiero una relación donde uno salva y el otro agradece. Quiero una relación donde los dos deciden. Donde el miedo se dice, no se actúa en secreto.

Gael asintió, serio.

—Lo entiendo.

Noa se acercó un paso.

—Y si un día te da miedo… me lo dices.

Gael respiró hondo.

—Y si a ti te da miedo… no te callas.

Noa sonrió. Una sonrisa pequeña, real.

—Exacto.

Gael la miró como si esa norma fuera más íntima que un beso.

—¿Puedo besarte? —preguntó.

Noa sintió la ternura de la pregunta como un lugar seguro.

—Sí.

El beso fue tranquilo. Sin urgencia. Sin huida.

Cuando se separaron, Gael apoyó la frente en la suya.

—Noa… yo no soy perfecto.

Noa rió bajo.

—Menos mal.

Gael sonrió, aliviado.

—Pero hoy… hoy te elijo bien.

Noa lo miró, con la voz firme.

—Y yo me elijo a mí… contigo.

En la nevera, el post-it quedó como una promesa simple.

No una promesa de cuento.
Una promesa de vida.

FIN.